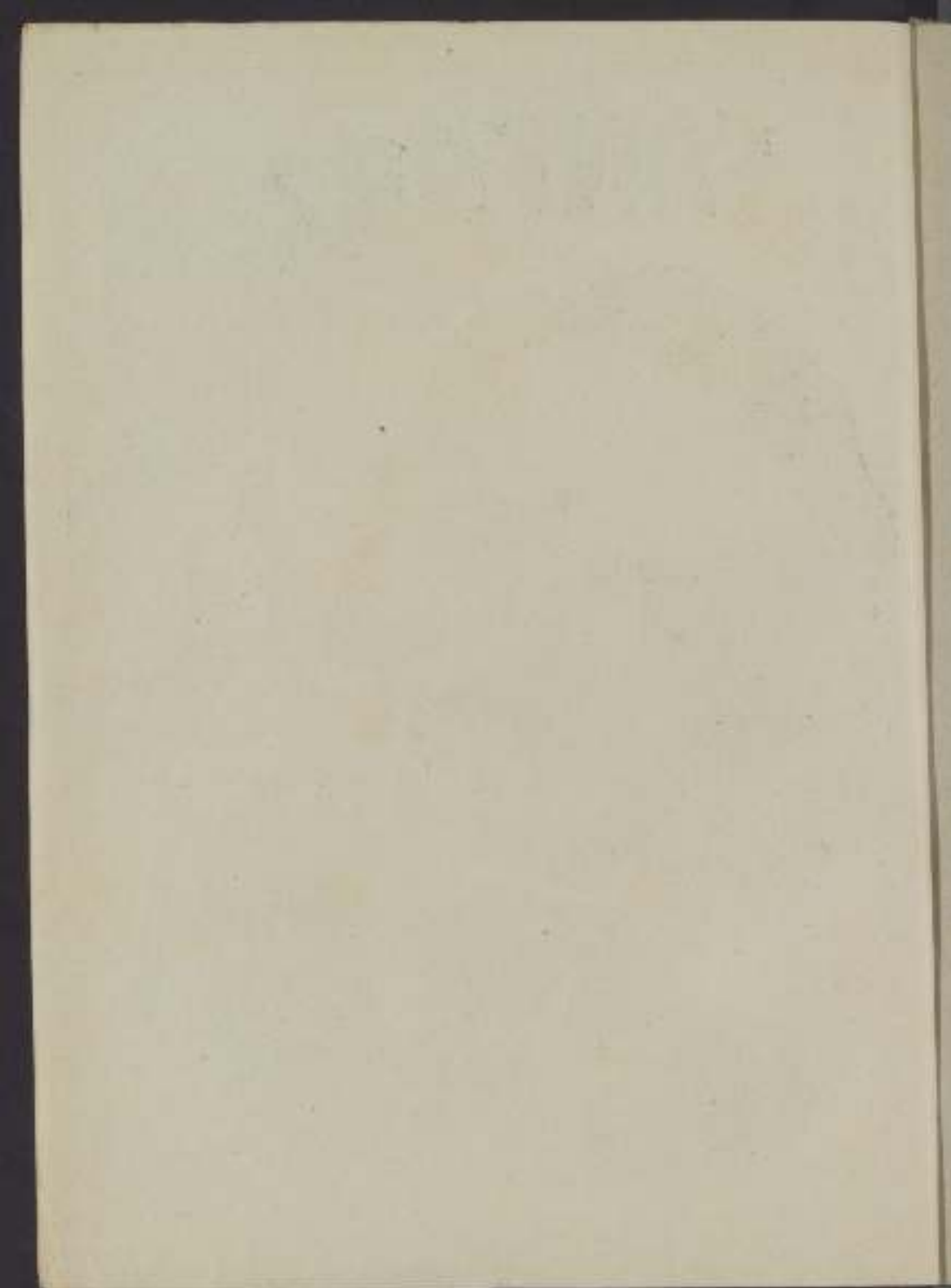


EDICIONES BIBLIOTECA FILMS SERIE ESPECIAL

El FANFARRÓN



Jorge NEGRETE





EL FANFARRON



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657 •
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Avenida 707 " BARCELONA " Teléfono 70057
Valencia, 234 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbá, 16, Barcelona - Terner, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"
▼ ▼ ▼

AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 127

NUM. 176

EL FANFARRON

El inagotable tema del bandido romántico que roba y mata para hacer bien a la humanidad es nuevamente llevado a la pantalla por el apuesto «Aguilucho», que despoja a los hacendados de sus cosechas de pulque sin beneficiarse del robo, caso extraño, cuyo verdadero motivo escapa a sus víctimas. Para acabar con el atropello se enfrentan dos hombres: «el Fanfarrón» y el bandido. No hay vencedor ni vencido, porque el amor de dos mujeres zanja el pleito.

EXCLUSIVAS

MADRID

Avda. José Antonio, 65



FLORALVA

BARCELONA

Calle de Mallorca, 284

PRINCIPALES INTERPRETES

Jorge Negrete
Emilio Fernández (el Indio)
María Luisa Cea
Marga Kolles

Director:

Fernando Rivero

Narración literaria por
Marcos Estrada

¿QUIEN ROBA EL PULQUE?

En un pintoresco pueblo de Méjico, cuyo nombre no viene al caso, donde viven ricos hacendados y buenos y honrados labradores, hace tiempo que un personaje, que en ciertos momentos parece mitológico, si no fuese que casi a diario se comprueban sus fechorías en las cosechas de pulque, turba la tranquilidad de aquellas buenas gentes todo paz y alegría, gentes que se sienten felices trabajando para luego templar sus guitarras y cantar una canción a la mujer que aman.

La deslumbrante luz del sol se tamiza a través del puente por el que entran y salen los que van a sus quehaceres. La conversación es siempre la misma.

—¿A quién ha robado el pulque esta noche el «Aguilucho»?

—Dicen que en el Rancho de la Mata lo han encontrado todo estropeado. Las huellas de los caballos corresponden a cuatro jinetes.

—¡Maldito sea ese maldito «Aguilucho»!

Así día tras día de zozobra, esperando quién será la nueva víctima, hace que nadie sosiegue y nadie se vea capaz de atrapar al malvado.

Lo que tiene perplejas a las víctimas es que su despojador,

cuando ha arrancado el pulque, lo deja por el suelo, pisoteado y maltrecho, sin que pueda utilizarse para extraer de él el alcohol, bebida que bien puede llamarse nacional de los mejicanos.

Las mujeres cruzan por debajo del puente y se paran a comentar el robo de la noche anterior en voz baja. Los hombres sienten más indignación. Para ellos quedarse sin pulque representa estar sin bebida.

—Si seguimos así — comenta un viejo charro —, nos quedaremos todos sin dinero. La cosecha de pulque es la riqueza de esta tierra.

—Hay que acabar con el «Aguilucho»; no es posible continuar así.

—Esto está muy pronto dicho, ¿pero quién sale a su encuentro?

—Se ha salido varias veces y la suerte no nos ha favorecido. Ellos son muchos y nosotros...

—Somos unos torpes.

—Si quisiéramos, pronto se acabaría con el «Aguilucho».

Una joven bonita, de grandes ojos, cruzó el puente. Llevaba un cesto colgado del brazo y con voz bien timbrada pregonaba su mercancía.

—¡Tamales! — anuncia y ofrece a unos y a otros las empanadillas que ella misma prepara.

Aunque parece andar ocupada en la venta de sus tamales, que en pequeños paquetitos lleva en el cesto, escucha curiosa los comentarios que hace la gente. Cruza la plaza y se dirige a las escaleras que conducen a la hacienda de La Fortaleza. Apoyada en la baranda y mirando a los que van y vienen está Guillermina, la hija de don Aurelio, propietario de la finca.

—Señorita Guillermina, le traigo los tamales especiales para su papá.

—Gracias, María Luisa — contesta la joven, otra belleza que nada tiene que envidiar a la vendedora —. Eres muy amable, siempre te acuerdas de mi padre.

—Se lo que le gustan y no me cuesta ningún trabajo complacerle.

La tamalera desandó su recorrido y de nuevo estuvo en el puente; allí era el punto donde más novedades se oían. Se le acercó un charro a comprarle un paquetito de tamales.

—Nos estamos preparando para salir a matar al «Aguilucho» —dijo a la chica—: saldremos a matarlo.

—Que tontería —exclamó María Luisa con extraordinario calor—, el «Aguilucho» no existe más que en su imaginación.

—Pues entonces, ¿quién nos roba el pulque? Vamos, María Luisa, tú que sabes de esas cosas.

—¡Tamales!

Una y más veces se habían organizado batidas para ver si daban con el bandido, pero cada vez regresaban vencidos. Esta vez era don Aurelio quien insistía en que se hiciera una nueva salida y a este fin había proporcionado fusiles y balas para ver si de una vez se acababa con aquellos descarados robos del bandido más audaz que había jamás azotado aquellas comarcas.

La expedición consistía en un enorme carronato con toneles que servía de fortaleza para los que iban a atacar. Precedían al carro tantos jinetes armados como se ofrecían y éstos hacían un reconocimiento por todo el monte. Cuando el bandido y los suyos aparecían se iniciaba el tiroteo, que hasta el momento presente había acabado siempre con las gentes de paz y triunfo absoluto del bandido. Sobre el suelo quedaban tendidos varios charros, los toneles agujereados, algún caballo muerto y la vergüenza y el fracaso de los expedicionarios, más la pérdida de armas y pólvora pagadas por algún hacendado interesado en terminar con los robos de pulque.

Como propietario más rico del distrito, don Aurelio era también el más perjudicado, porque sus plantaciones eran las más importantes. La última salida había sido un fracaso, pero a pesar de ello se intentaría otra y otra hasta dejar tendido al «Aguilucho».

Los peones de don Aurelio montaban de nuevo el tinglado, se cargaban las escopetas y cinchaban los mejores caballos para que la salida fuese esta vez victoriosa.

Guillermina miraba los preparativos. ¡Cómo odiaba ella tam-

bién al «Aguilucho»! Este hombre misterioso era el que causaba tantos disgustos a su padre y a la larga podría arruinarles. Sin proferir palabra, sonriendo a unos y a otros, como dama de todos los caballeros de armas que se disponían a salir para enderezar el entuerto, ella tenía también su plan. Esta vez no era posible llevarlo a cabo. Si sus hombres regresaban fracasados... entonces, tal vez...

Don Aurelio y su hija miran cómo salen los jinetes con trote cochinerero y con toda lentitud les sigue el carro donde van los buenos tiradores y los pertrechos de guerra.

En la vertiente del monte se crían unas pitas enormes. Algunas de ellas levantan contra el cielo la enorme flor que dan una vez cada cien años. Estas pitas son la mejor alambrada que pudiera soñar un ejército moderno. Tras de una enorme pita hay el charro vigía a las órdenes del «Aguilucho», que tranquilamente observa toda la llanura y ve al enemigo que se acerca. Sonríe el viejo zorro y puede ir con calma a dar el aviso. Los hombres del bandido se ciñen las pistolas y se colocan detrás de las pitas. Uno aquí, otro allí. Para desorganizar a los que se acercan con cuatro tiros certeros habrá bastante. El «Aguilucho» ni se molesta a salir de su escondrijo. ¿Para qué? Sus peones saben bien su obligación y se saben de memoria que las huestes de don Aurelio tienen muy buena voluntad y muy mala puntería.

El primer tiro suena desde lo alto y basta para desconcertar a la expedición que ascendía. Sigue una lluvia de balas, ruedan los toneles, caen los jinetes y no hay más remedio que batirse en retirada. Los cuatro caballistas del «Aguilucho» sonríen satisfechos. ¡Cuatro contra treinta! Ved cómo huyen.

—Algún día se cansarán de molestarme— dice el jefe—. Llevan ya bastantes muertos. No quisiera que se derramara más sangre; lo único que quiere es que no se coseche pulque.

A los derrotados se les hace difícil presentarse ante don Aurelio para confesar su nuevo fracaso. Antes de que los vencidos lleguen al pie de la escalera de La Fortaleza, ya sabe el hacendado que han perdido. No bajarían tan silenciosos si la suerte les hubiese acompañado. Don Aurelio está solo en la to-

rraza. Anda nervioso arriba y abajo esperando que lleguen los portadores de las malas nuevas. Tardan mucho en llegar porque ellos no se precipitan. Ya adivinan las palabras que proferirá su señor y saben que tiene razón. A los vencidos se ha agregado todo el pueblo deseoso de escuchar la filípica que don Aurelio les dedicará.

Se trata de varios centenares y, no obstante, parece que no hay nadie. Incluso pisan el suelo con cuidado. Nadie habla. Llegan al pie de la escalinata y aparece don Aurelio. Es éste un caballero que ha doblado los sesenta años, pero conserva todavía la bizarría de joven y su arrogante figura erguida, mirándoles desde la altura de la terraza, resulta imponente. Los peones hacen alto en cuanto le ven. Ninguno de ellos tiene valor para adelantarse y dar el vergonzoso parte de guerra.

—¿Han capturado ustedes al «Aguilucho»? —pregunta el propietario de La Fortaleza.

El silencio parece agudizarse todavía más. Nadie diría que la plaza está llena de hombres.

—¿Es que no tienen nada que responder? ¿A qué han salido ustedes? ¿A dar un paseo o a atrapar a un bandido?

Los hombres se miran unos a otros. La tamalera se ha abierto paso y está al pie de la escalinata con su cesto, curiosa seguramente para saber cómo termina el discurso de don Aurelio. María Luisa le mira a él y luego a los hombres. ¿En qué pensará la tamalera? En que un solo hombre, el «Aguilucho», tiene en jaque a todo el pueblo.

—Les he dado balas y fusiles, carros y caballos para que pudieran capturar al bandido... todo, ¿para qué? Para que salieran corriendo todos como perros. Pueden marcharse antes no me encolerice y empiece yo a tiros contra todos. Pronto llegará mi hijo Alberto y él solo sabrá hacer lo que no han podido todos los hombres del pueblo. Alberto es un valiente.

Si don Aurelio se daba por satisfecho con todo lo que les había dicho era preferible marcharse y dar la cuestión por terminada. Uno de ellos dió media vuelta y todos le siguieron.

La tamalera no siguió su ejemplo y subió la escalinata.

—Don Aurelio, le he traído tamales, hechos especialmente para usted.

—Gracias, María Luisa — contestó don Aurelio tomando la mercancía que le ofrecía la bonita muchacha.

—¿Dónde está la señorita Guillermina?

—Está en la casa; ya puedes entrar.

LAS DOS BELLEZAS

Sin esperar a que la rogaran más, Guillermina cruzó la terraza y entró por la puerta que daba al patio central de la casa. Llegó hasta el fondo, tomó el corredor de la derecha y llamó a la segunda puerta que aparecía entreabierta.

—¿Señorita Guillermina?

—¡Adelante!

Guillermina parecía estar muy atareada. La habitación, un dormitorio, contenía armario y cómoda. Todos los cajones estaban abiertos y la joven iba distribuyendo ropas, sacando de allí, poniendo aquí y procurando dejarlo todo en orden.

—Volverán a robar, María Luisa. Ya has visto en lo que ha parado esta última salida.

—¿Quién sabe? Los del lado del «Aguilucho», si es que existe ese personaje, pueden haber tenido sus bajas también.

—Mientras no hayan tocado al cabecilla. Los hombres quieren volver a salir. Mi padre ha usado lenguaje muy duro y ellos deben justificarse.

Mientras Guillermina, preocupada con la cuestión de los robos, iba arreglando los cajones, María Luisa miraba todo lo que había en la habitación. En la parte interior de una puerta del armario aparecían colocadas en muy buen orden, como en un escaparate, una buena cantidad de pendientes de plata. La tamera sintió curiosidad.

—¿Qué representan tantos aretes?

—¡Ah, son cosas de mi hermano! Es un pendiente de cada una de las novias que ha tenido.

—¡Oh!

—¡Bah, tonterías de muchacho! Ya sabes lo fanfarrón que es Alberto.

—Tu padre confía en su llegada para atrapar al «Aguilucho».

—Sí... pero es posible que yo me adelante a mi hermano.

—¿Tú?

—¿Quieres que te cuente un secreto, María Luisa?

—No, porque un secreto entre dos mujeres ya no es un secreto.

—Como tú quieras. Tengo mucho que hacer antes no llegue Alberto.

—Yo me voy; todavía me quedan tamales para vender. Adiós, señorita Guillermina.

La noticia de la próxima llegada de Alberto hizo sentir valientes a todos los que habían estado temblando ante la idea de volver a salir a la busca y captura del bandido. Todos hablaban de balas y fusiles mientras arreglaban el carro para ir a esperar a su joven amo.

—Hoy llega don Alberto —dijo uno de los peones—. Es un valiente y con él nos comeremos al «Aguilucho».

—¡Oh, sí! Estando don Alberto aquí el bandido no dura un día.

—Hubiese sido preferible que le hubiésemos dado el trabajo hecho.

—Pero si no fué posible, manito; ya recordarás cómo silbaban las balas, y los bandidos tienen muy buena puntería.

Mientras los peones de La Fortaleza así hablaban apareció Guillermina montada a caballo.

—Señorita Guillermina, ¿viene usted con nosotros?

—Sí, hasta mitad del camino, luego continúo por mi cuenta.

Sobre la silla, Guillermina era una perfecta amazona. Domina al bello bruto con poco esfuerzo. El animal parecía darse

cuenta de la hermosa carga que llevaba y pisaba el suelo con cuidado,

—¿Se quedará sola, señorita Guillermina?

—Sí, Chicote, os dejaré a la mitad de vuestra ruta.

—¿No quere una pistola?

—Tienes razón, no la llevo y siempre es preferible estar prevenida.

El peón entregó un pistolón a la joven.

—Balas, Chicote.

—Ya está cargado.

—Dame un repuesto, por si acaso.

La gracia y fragilidad de la joven ofrecía un fuerte contraste con el arma que acomodó en su cinturón. Su caballo se impacientaba. Ella no quería partir sola por miedo a un interrogatorio de su padre y esperó a que todos estuvieran preparados para salir de La Fortaleza.

Los mozos iban a recibir a don Alberto y la presencia de la señorita de la casa entre ellos, estaba perfectamente justificada.

La comitiva anduvo un buen rato. Salieron al paso, al poco rato los caballos se pusieron al trote para lanzarse luego a un acompesado galope que pronto les situó en pleno monte. Llegaron a la encrucijada.

—¡Alto! —gritó Guillermina—. Yo me quedo aquí y seguramente llegaré a casa antes que ustedes.

—¡Con Dios, señorita!

Se apartó ella del camino y como que iba a la cabeza todos desfilaron ante ella tocándose ligeramemente con la mano derecha, el ala del ancho sombrero. Permaneció sola y parada un buen rato. Hacia días que bullía una idea en su loca cabeza. Ella saldría en busca del «Aguilucho» y lo atribillaría a balazos. No buscaba recompensas ni gloria, sólo quería acabar con los robos que amenazaban con arruinarles.

Por los peones y otros hombres había oído hablar de dónde poco más o menos se suponía que el bandido tenía su guarida. Intentaría la hazaña y que la Virgen de Guadalupe guiara sus pasos.

Espoleó el caballo y éste se lanzó nuevamente al galope por un ancho y polvoriento camino. No seguía ruta fija, pero como si el animal adivinara el pensamiento de su ama, torció rápidamente por un sendero que conducía a una llanura y al poco rato de galopar por allí, apareció un jinete montado sobre un magnífico caballo blanco. Era un hombre joven vestido de charro sin adorno alguno. Un sombrero de anchas alas enmarcaba un semblante que si no se le podía llamar guapo, tenía una expresión simpática.

Guillermina tuvo la seguridad de que se hallaba cara a cara con el bandido. El al ver a una mujer no atinó en sacar la pistola y este descuido favoreció a la muchacha. Ella tuvo tiempo de sacar la suya del cinto y amenazándole con el arma, le dijo:

—Usted es el que nos roba el pulque...

Una ancha sonrisa iluminó el semblante del joven.

—¿Qué le hace suponer esto, señorita?

—¿No es usted el «Aguilucho»?

Seguro el hombre de que la joven no dispararía, puso pie a tierra y cogiendo al caballo por la brida se acercó hasta donde ella se hallaba.

—Guarde la pistola, señorita, que no nos hace falta para hablar amigablemente.

Sería o no sería el bandido, pensó Guillermina, pero no había duda de que se trataba de un hombre simpático.

—¿De veras no es usted el «Aguilucho»?

—Mi nombre es Juan José... y ¿el suyo?

—Me llamo Guillermina, soy hija de don Aurelio de la finca La Fortaleza y hemos sido los más perjudicados por los robos del bandido.

El joven seguía escuchando y sonriendo.

—Me parece que es usted del Norte, siguió hablando la joven.

—¿Qué le ha hecho pensar esto?

—Su modo de hablar.

Juan José miraba a la muchacha con admiración.

—¿Por qué no se apea usted? Podríamos platicar un ratito. Yo no tengo nada que hacer.

Guillermina obedeció a pesar suyo.

—¿No le gustaría ser nuestro caporal? A papá le hace falta un hombre valiente y creo que usted podría servirnos.

—No me gustaría estar a sus órdenes, señorita Guillermina, pero también tengo yo mi hacienda algo lejos de aquí.

—¿También le roban el pulque?

—No, porque yo no cultivo pulque. Si no se cosechara pulque no se extraería su alcohol y no se fomentaría el vicio de la borrachera.

—Las viñas, la cebada, el pulque, todo lo creó Dios, de todos se extrae alcohol y no vamos a destruir nosotros todo esto para evitar que las gentes se emborrichen. ¡Que no sean viciosos!

Así hablaba Guillermina con graciosos ademanes que admiraban al forastero. Mirándola a ella apenas si oía lo que decía.

Cuando la joven acabó su discurso sonrió el joven y ella bajó los ojos. Su vanidad de mujer estaba satisfecha. Se dio perfecta cuenta de que había producido buen efecto al galán desconocido.

—¿Vendrá usted a La Fortaleza?

—No señorita, sería prematuro y no tengo intenciones de emplearme de caporal, pero si usted me promete volver aquí mañana, a esta misma hora, tal vez pueda darle yo alguna noticia sobre el paradero del «Aguilucho». No se lo aseguro, pero para hacerme agradable a usted, procuraré enterarme. ¿Convenido?

Vació Guillermina un instante. Sus ojos la traicionaron.

—Estoy seguro de que vendrá usted mañana, señorita.

—No lo sé —contestó ella con coquetería, disponiéndose a montar a caballo para terminar una entrevista que de tan agradable empezaba a ser peligrosa.

Con elegancia y maestría puso la joven el pie izquierdo al estribo y dándose aire levantó la pierna derecha encontrándose bien sentada sobre la silla, para mirar desde aquella altura a su inopinado galán.

—La esperaré —dijo el jinete cogiendo el caballo de la chica por la brida, para evitar que echara a correr.

—Veremos... suelte mi caballo, debo marcharme. Llegó mi hermano Alberto y he de regresar a casa a galope tendido.

—¡Adiós, Guillermina!

No contestó ella de palabra. Le dio una mirada y una sonrisa. Fustigó al caballo, que salió al galope. Quedó el caballero en pie mirando a la bella amazona con la esperanza de que tal vez volvería a mirar hacia atrás para saludarle. Estos eran los deseos de Guillermina, pero su educación y recato de buena muchacha la dieron a entender que no debía hacerlo y siguió camino adelante meditando sobre cada una de las palabras y miradas que le había dirigido el simpático desconocido.

Unas blancas nubes, como de algodón en rama, oscurecieron el sol por un instante. El continuaba mirando a Guillermina cuya figura iba disminuyendo poco a poco de tamaño. Cuando ya no era más que una manchita blanca sobre el polvoriento camino, orillado de pitas, Juan José se puso el ancho sombrero, montó a caballo y salió galopando en dirección totalmente opuesta a la que había tomado la heredera de La Fortaleza.

LA LLEGADA DEL FANFARRON

Don Aurelio sólo había tenido dos hijos, Alberto y Guillermina. Viudo desde que los niños eran pequeños, él había cuidado de la educación y de todas las necesidades de sus retoños. Bien parecidos y simpáticos, eran el orgullo de su padre. Veía en Alberto su propia estampa y tenía para él toda clase de complacencias. El muchacho, muy bueno en el fondo, tan halagado y mimado estuvo por su padre desde pequeño, que creció un poco fanfarrón y esa fanfarronería en lugar de desaparecer, a medida que se hacía hombre fué en aumento. Usaba un lenguaje ampuloso,

traído de los buenos colegios donde se había educado y era la admiración de todos los charros cuando se ponía a hablar utilizando palabras que eran totalmente desconocidas en aquel paraje. Esa manera de ser, no obstante, era puramente superficial, ya que era un buen hijo y buen hermano, siempre dispuesto a hacerse agradable a los de su casa y también a los amigos, de los que no le faltaban. Entre las mujeres era también favorito. Sabía cantarles canciones de amor y hacer uso de palabras románticas que las entusiasmaban, por lo que no era de extrañar que hubiera podido hacer una colección de pendientes de todas las que había enamorado.

Un viaje de varios meses le tenía ausente de su casa y su regreso era esperado con ansiedad, especialmente por su padre que confiaba en él para declarar guerra abierta al «Aguilucho».

Hacía muchos días que no se hablaba en el pueblo de otra cosa que de la llegada de Alberto. Su hermana se había cuidado de arreglar la casa para recibirle con todos los honores y se disponían varias fiestas para celebrar el acontecimiento.

Muchos de los peones habían salido a esperarle. Otros montaban guardia al pie de la escalinata de La Fortaleza y todos los que sabían cantar y tañer la guitarra estaban también dispuestos por allí, cantando lindas canciones esperando el momento de dar la bienvenida al joven amo.

Guillermina había llegado de su original excursión antes que su hermano. Se sentía extrañamente contenta. Había salido de su casa para atrapar a un bandido y había regresado con un admirador.

Se oyó el ruido de los carros que ya estaban de vuelta. Saltó de caballo Alberto. Con voz bien timbrada y a todo pulmón, cantó: ¡Ave María Purísima! Solemne saludo con el que dió aviso de que ya estaba de regreso al hogar. Le contestaron en la misma forma todos los cantores y acto seguido sonaron las guitarras en alegres tonadillas. Corrió Guillermina hacia su hermano y se fundieron en apretado abrazo. Llegó don Aurelio que muy emocionado dió la bienvenida a su hijo.

Las primeras palabras de Alberto fueron las que correspondían como fanfarrón que era.

—Supongo que me habrán extrañado...

—Como no íbamos a extrañarte, hijo. Nunca he deseado tenerte a mi lado tanto como ahora —dijo el padre.

—Nos haces mucha falta —agregó Guillermina cogiendo a su hermano por el brazo.

—Todo se arreglará ahora que estoy yo aquí.

—Tenemos preparada una fiesta para celebrar tu llegada, hijo.

—Y yo la aceptaré con gusto. No soy un pródigo, sino el hijo que después de un triunfal viaje regresa a sus lares.

Cuando Alberto hablaba lo hacía con mucha calma y ni una de sus palabras dejaba de ser acentuada debidamente. La mayor parte de los que le escuchaban no le entendían, pero poco importaba. El soltaba su perorata y todo el mundo satisfecho.

Aquella misma noche se celebraba la fiesta dedicada al recién llegado y los comensales eran numerosos. Se comía y bebía alegremente esperando el momento de los brindis, seguros todos de que Alberto recitaría un buen discurso. Se llegó a los postres y el hijo de la casa se puso en pie.

—¡Viva don Alberto! —gritaron a la una todos los invitados.

Cesó la música que había amenizado la comida y Alberto dió una mirada que abarcó a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa. A su izquierda don Aurelio, que contemplaba satisfecho a su hijo.

—Un momento, señores—dijo Alberto, levantando ligeramente la mano derecha, mientras sujetaba la copa con la izquierda—. Al encontrarme de nuevo entre vosotros, a mi regreso de lejanas tierras, adonde siempre he llevado conmigo el recuerdo de mi patria y de los míos... La ausencia en mí no marca olvido. Lo mejor de mi corazón es para mi patria... Una nota amarga ha señalado la fecha en que he llegado. Se me dice que un bandido azota la comarca con sus robos y tantas cuantas expediciones han salido en su busca y captura no han encontrado más que fracasos. Esto no puede continuar así, hay que acabar con los malvados.

En los anales de la historia de La Fortaleza, jamás ninguno de mis antepasados tuvo que doblar la cerviz ante un bandido y no seré yo, Alberto, vuestro amigo, quien la doble. He venido dispuesto a matar al «Aguilucho», o cuando menos a hacerle prisionero para librarlos a todos de la ruina. Lo que yo digo acostumbro a cumplirlo y ahora, queridos amigos, levantemos la copa y bebamos para celebrar mi llegada y la próxima desaparición del «Aguilucho».

—¡Viva don Alberto!— gritaron todos mientras don Aurelio emocionado abrazaba a su hijo.

Mientras en La Fortaleza se celebraba a bombo y platillos el regreso del heredero, en un rancho, a bastante distancia de allí, los tres fieles escuderos del Aguilucho, buenos guitarristas y cantantes, daban una serenata a una joven próxima a casarse que sentada sobre la barandilla de un pozo, escuchaba divertida las canciones que como obsequio le dedicaban.

La sobremesa de La Fortaleza duró un buen rato, y Alberto iba hablando de uno a otro mientras los violines tocaban alegres músicas para los que gustaban de bailar.

Maria Luisa, la tamalera, se había dejado caer por allí, siempre acompañada de su cestito.

Ella miró Alberto, e inició una canción sentimental dedicada parte a su hermana y parte a Maria Luisa.

Cuando terminó de cantar fue saludado con una salva de aplausos y él se deslizo hacia donde estaba Maria Luisa.

—Se está haciendo tarde y debo marcharme —dijo la joven.

—¿No se va a marchar sola?

—¿Por qué no? Siempre voy sola y además...

—Sé lo que va a decir, que más vale andar sola, que muy requetebién acompañada, como lo sería si me dejara que yo la llevara hasta su casa.

No pudo menos Maria Luisa que reír ante la fanfarronada de Alberto.

—Entonces, esa risa quiere decir que voy con usted ¿no?

—No, quiere decir que me voy.

—Pues a mí me parece muy peligroso que ande una chica sola por esos montes.

—Nunca me ha ocurrido nada, don Alberto, y no creo que me vaya a pasar ahora. Bienvenido y hasta otro rato. Ya le traeré tamales especiales para usted.

—Gracias, María Luisa, pero piense bien esto de si quiere marcharse sola.

—Está todo muy bien pensado. Adiós.

Al día siguiente de su llegada, Alberto empezó a trazar sus planes para dar una batida contra el «Aguilucho». Era buen tirador, pero como no se había ejercitado en el arte de disparar creyó conveniente hacer algunas prácticas en el patio de La Fortaleza y en sitio que pudieran verlo todos los que trabajaban en la finca, colocó el blanco y se pasaba buenos ratos disparando. Este ejercicio lo puso pronto en forma y era raro el tiro que se separaba del blanco por unos milímetros. Guillermina estaba entre los mirones y era la que más admiraba al valiente hermano que estaba resultando tan excelente tirador.

—Ahora voy a disparar contra aquel pájaro —dijo Alberto viendo cruzar veloz a una golondrina, y apenas pronunciadas las palabras el animalito caía a sus pies.

—¡Viva el patrón! —gritaron entusiasmados los peones.

—Pues esto no es nada. Ahora voy a disparar contra la cabeza del aguililla.

Sacó del bolsillo una moneda, la tiró al aire y disparó. Cuando cayó la moneda al suelo aparecía horadada con la cabeza del águila traspasada. El entusiasmo de los hombres fué indescriptible.

—¡Viva nuestro patrón! ¡Viva el patroncito!

Guillermina abrazó a su hermano. Todos sentían una alegría enorme y una cierta seguridad al poder contar con Alberto. El por su parte estaba muy orgulloso de sus hazañas con las pistolas y ardía en deseos de soltarles uno de sus habituales discursos.

—Amigos... —dijo, colocándose en el centro del patio y rodeado de todos—, uno de ustedes me traerá mi caballo, porque mientras exista un solo caballo, ya les doy a ustedes todos los

autos. Denme potros para domar, el sol de mi tierra que quema y deslumbra, los anchos caminos con ortigas y cactus donde se pueda galopar. Bajo la bóveda de este cielo azul que por las noches se tacha de estrellas, cuando las bellas mujeres aguardan nuestras canciones de amor, y denme también la fiesta de los bravos toros que nos legó en herencia nuestra madre España; amigos, esas son cosas que te llegan al alma...

—¡Viva don Alberto! ¡Viva nuestro patrón!

—Y ahora... a ver si entre vosotros hay veinte hombres machos, veinte voluntarios que quieran unirse a mí para salir en busca del «Aguilucho».

Como si Alberto hubiese sido un imán, casi todos los hombres le rodearon, ofreciéndose para la ardua empresa. Altos y bajos, recios y finos, todos estaban dispuestos a salir con su amo.

Con ojo certero fué Alberto seleccionando los que creyó mejores y apartó los que no le interesaban.

—Vosotros a trabajar. Estos, conmigo a la lucha.

—Bueno—murmuró uno de los que debían quedarse—, nosotros permaneceremos aquí cuidando de La Fortaleza.

Don Aurelio apareció en el patio y se dirigió a su hijo:

—Alberto, me siento orgulloso de ser tu padre. Vas a jugar tu vida con hombres peligrosos.

—Esto es lo que quiero, padre.

—Bravo, hijo mío! ¡Ojalá hubieses estado aquí cuando empezó el banditaje! Ahora no tendríamos que lamentar tanta ruina.

—Padre, antes de salir voy a pedir el apoyo de las autoridades municipales y a presentar mis hombres, no fueran a creer que éramos una partida de forajidos.

—Todo lo haces bien, hijo mío. Sigue tu inspiración.

PREPARANDO LA BATIDA

En un salón de la casa del Ayuntamiento se hallaba reunido el alcalde con varios hacendados que comentaban la cuestión de los robos de pulque, tema palpitante desde hacía varios meses.

Se presentó Alberto en aquella dependencia, siendo saludado cordialmente por aquellos caballeros.

—Por fin llegaste, niño Alberto—dijo el alcalde, estrechando la mano del joven.

—No podía demorar más el regreso... si hubiesen ustedes leído las cartas que me mandaba mi padre.

—Lo que ha sufrido con tu ausencia—comentó uno de los presentes.

—He venido para hablar de los robos del pulque.

—A esto hemos venido todos.

—Todos somos víctimas del mismo malvado.

—Pues hay que poner remedio a esto desde hoy mismo.

—¿Cómo?—preguntó el alcalde.

—Dispongo de veinte hombres valientes...

Sonrió el alcalde melancólicamente.

—¡Veinte hombres! He puesto más de doscientos a la busca y captura del «Aguiluchos» y sólo he conseguido bajas por nuestro lado. Ellos son muy pocos, pero buenos tiradores y conocen el monte y el valle como nadie.

—Alberto—dijo uno de los propietarios—, el «Aguiluchos» es un tipo astuto, y si no sale en su busca otro de su calaña, dudo que puedas hacer nada.

—Podrá ser tan astuto como dicen ustedes, pero si él se encuentra con buenos tiradores y hombres que no se amedrenten al oír el primer disparo, estoy seguro de que le pondremos cerco y caerá en nuestras manos.

La oratoria de Alberto impresionó a los que le escuchaban.

—He venido aquí en busca de su apoyo moral, todo lo demás corre de nuestra cuenta.

—Mi apoyo lo tienes desde ahora, Alberto, tanto es así, que te ofrezco tres mil pesos de recompensa si capturas al «Aguilucho», lo mismo me da vivo que muerto.

—Gracias, don Ramiro.

—Puedes contar con otros mil pesos míos—dijo un propietario, y así dijeron todos los demás.

—Agradezco sus ofrecimientos y tengan por seguro que los tendrán que pagar, pues yo capturaré al «Aguilucho», no sé vivo o muerto.

—No voy a exponerles a ustedes mis planes, porque la estrategia de la guerra sólo el general debo conocerla, pero ya verán ustedes cómo salgo victorioso de esta empresa.

Uno de los caballeros se había acercado a la ventana y miraba a la calle. La tamalera cruzaba el camino con su cestito en el brazo. El sol deslumbraba y daba vivos reflejos a su negra cabellera.

—¿Ven a esa joven?—dijo el propietario junto a la ventana. Todos se acercaron y la vieron.

—Es la tamalera—dijo el alcalde.

—Sí—contestó el que les había llamado la atención hacia ella—. Hay quien dice que conoce al «Aguilucho».

Alberto se abstuvo de hacer ningún comentario y la conversación volvió sobre los planes del joven para su aventurada exploración.

Guillermina había quedado en el patio luego que hubo marchado su hermano y pidió su caballo a uno de los peones. Llevaba la pistola en el cinto cuidadosamente oculta, porque ella también quería hacer pruebas de tiro. Si su hermano lograba coger al «Aguilucho» estaría muy contenta, pero mientras tanto ella también seguiría con el plan que se había trazado para descubrirle. Esto es lo que ella se decía para sí; en el fondo sentía deseos de volver a encontrarse con el misterioso jinete cuyas palabras y miradas no había olvidado. Montó el caballo, picó

espuelas y cogió el sendero que conducía al lugar donde se habían encontrado el día anterior. No había nadie por allí. Se apeó y empezó a hacer práctica de tiro contra un árbol, con poca puntería. A poca distancia pasaba un rebaño. Un corderito se quedó rezagado y fué atacado por un perrazo que parecía haber brotado de la tierra. Guillermina, que tenía la pistola cargada en la mano, disparó contra el perro. Debió herirle porque soltó su presa y huyó ladrando en son lastimero para caer tendido a los pocos pasos. Corrió la joven a recoger el corderito, y mientras se agachaba para ver si el perro le había hecho mucho daño, sintió el trote de un caballo y muy cerca de donde se hallaba apareció el apuesto jinete del día anterior.

—¡Buenos días!—dijo él, saltando del caballo.

—He sido más puntual que usted.

—Ha llegado a tiempo para salvar a este animalito. La estaba observando.

—¡Oh! Esto no está bien.

—Todas las escenas hermosas deben tener espectadores... Digame, Guillermina, ¿cómo es que tira usted tan bien?

—No soy buena tiradora. Hace días que ensayo con mi hermano Alberto y ahora he acertado al perro por pura casualidad.

—Yo también sé tirar. ¿Quiere que le dé alguna lección?

—Como quiera.

Juan José colocó un blanco contra un árbol, situó a Guillermina a varios metros de distancia y le ofreció su escopeta.

—Coja el cañón con la mano izquierda, apóyela contra el hombro derecho, la mano derecha al gatillo. Adelante el pie izquierdo, opóyese con el derecho. Vamos a ver...

El jinete daba estas instrucciones a su bella discípula situado tras ella, acompañando sus palabras con ligeros contactos de sus manos para situar a la tiradora en buena posición.

—Ahora mire usted a través de este arco a la bolita que hay en la punta del cañón y aquélla debe estar frente al blanco, ¿entiende?

Guillermina asentía con la cabeza, pero se veía a las claras que estaba más atenta a la galantería del instructor que a la

lección. Como que ella apuntaba muy mal, Juan José la cogió por los brazos y con las cabezas casi tocándose dispararon un tiro, que como era de esperar no dió en el blanco.

—Después de la puntería demostrada con el perro, sólo falta que acierte al «Aguilucho».

—No seré yo quien lo acierte. Ya se ocupa mi hermano de esto. Ahora debo marcharme.

—Apenas si ha estado diez minutos.

—Extrañarían mi ausencia y no puedo estar más rato aquí.

—¿No tiene más remedio que marcharse?

—Sí, Juan José.

—Guillermina... mireme.

La joven alzó la vista. *

—Sonría, nombre a San José y vuelva mañana a esta misma hora.

Se separaron, tomando cada uno su dirección, absortos en sus pensamientos y pensando en el encuentro del día siguiente.

La información que había recogido Alberto en el Ayuntamiento de la supuesta amistad entre la tamalera y el misterioso «Aguilucho» no cayó en saco roto. Cuando de nuevo se encontró en la calle no le fué difícil al joven rondar por el pueblo hasta dar con la muchacha que le interesaba.

—¡Hola, María Luisa!

—¡Hola, don Alberto!

—¿Has estado paseando?

—No, vendiendo mi mercancía.

—Yo he estado disparando para coger puntería. ¿Ves esta moneda? La he acertado en el aire.

—¡Oh! Qué buen tirador.

—María Luisa, ¿tienes novio?

—No; ¿por qué me lo pregunta?

—Porque de todas las mujeres que he conocido en mi vida, tú eres la que me gusta más.

La exagerada pasión que fingía Alberto no engañó del todo a la muchacha.

—Connmigo se equivoca, don Alberto.

—Soy sincero... eres la muchacha más bonita del distrito.

—Guarde sus cumplidos para otras, niño Alberto, la tamera no necesita sus atenciones.

Al regresar de su excursión, Guillermina creyó que debía dar cuenta a su padre de la nueva amistad contraída con aquel jinete, del que sólo sabía que se llamaba Juan José y que era muy atractivo.

Se dirigió al gabinete de don Aurelio.

—¿Qué te trae, hija? Llegas preocupada.

Con el natural rubor en tales casos, Guillermina explicó a su padre cómo había sido el primer encuentro y que había vuelto a verle.

—No te enamores, hija mía; no sabes de quién se trata.

—Tienes razón, papá, pero cuando está a mi lado siento que la cara se me quema, quiero marcharme y siento dejarle... es muy simpático.

—Me gusta que hayas sido franca conmigo, pero ten mucho cuidado. Es un desconocido y sentiría que colocaras tu corazón en alguien que no lo mereciera.

Juan José había llegado a su casa, al otro lado del monte. Se sentía feliz después de la corta entrevista con Guillermina. Los lamentos de una mujer le hicieron salir a la puerta de su casa y vió allí a la esposa de uno de los hombres de su rancho que se arrodillaba a sus pies.

—Patrncito, mi charro está borracho perdido y cómo me ha pegado!... Por favor, sálveme, si no me matará a palos.

—¡Otra vez una borrachera de pulque! Después que me prometió que no volvería a beber.

—El abuelo está bebiendo con él. No sé de dónde han sacado el pulque.

—Espere aquí, Lupita. Voy a ver a esos dos borrachos.

Salió Juan José de su casa para dirigirse a la cabaña donde vivía Lupita con su marido y su padre. Los dos borrachines estaban disfrutando de lo lindo con la botellita que pasaba de una mano a otra con harta frecuencia.

—¡Qué rico está!—decía el viejo, saboreando la bebida,

El más joven ya no podía hablar. Entró Juan José en la habitación y dió un puntapié al joven, que rodó por el suelo, y rápidamente cogió la botella que empujaba el anciano.

—Por favor, patrón, no me la quite.

—Viejo borracho, ¿no te avergüenzas?

Mientras tanto el joven se había levantado del suelo, y con aire de desafío dijo a Juan José:

—Sí, señor; he vuelto a emborracharme otra vez.

—Me prometiste que no beberías más.

—He estado tres meses sin probar pulque. Hoy he encontrado esta botella y ya lo ve usted.

—Bonito cuadro hacen ustedes. ¡Venga esta botella!

—Por favor, patroncito, no se la lleve. Le prometo que no voy a beber, pero no se lleve la botellita,—suplicaba el anciano.

—Que deje la botellita para admirarla, ¡eh! Quitá, quitá, viejo loco, —y Juan José cogió la botella que arrojó al suelo y se hizo mil pedazos.

Los dos borrachines miraban al alcohol vertido con lágrimas en los ojos.

De momento tengo la seguridad de que este pulque ya no os lo beberéis y cuidado con apalear a Lupita.

Salió Juan José de la cabaña y se dirigió a su casa.

Maria Luisa ya estaba allí.

—Hola, niña, ¿cómo te ha ido hoy?

—Bien, he colocado toda la mercancía.

—Vengo de casa de Lupita. Otra vez el viejo y su marido con una borrachera de pulque que da horror.

—Es muy difícil desprenderse de un vicio.

—Lo sé y por esto lo persigo. ¿Dónde has estado?

—Encontré al «Fanfarrón».

—¿Sí?

—Me dió esta moneda agujereada. Me dijo que la había acertado en el aire.

—Buena escopeta—comentó Juan José, cogiendo la moneda de manos de la joven.

—Es un presuntuoso. Cree que todas las muchachas están enamoradas de él.

—¿Te ha hecho el amor?

—Por el momento no. Tal vez esperaba que yo me le echara al cuello.

—¡Fanfarrón!

NUEVA TACTICA

La conversación sostenida en el Ayuntamiento por Alberto, el alcalde y los propietarios fué relatada con todo detalle por el joven a su padre. Guillermina también estaba presente en la conferencia.

—He pensado cambiar de táctica—dijo Alberto.

—¿Qué piensas hacer?—interrogó su padre.

—Si realmente es verdad que la tamalera sabe dónde está la guarida del «Aguilucho», he de ponerme bien con ella para sacarle información.

—No sé si conseguirás nada—observó Guillermina.

—He hablado con ella esta mañana y se ha mostrado arisca, pero todas las mujeres acostumbran a hacer lo mismo al primer encuentro, luego...

—Sí, no creo que pueda resistirte—dijo el padre, seguro de las facultades conquistadoras de su hijo.

Alberto paseaba arriba y abajo de la habitación con su aire petulante de costumbre.

—La enamoraré, ya lo verán ustedes. Haré uso de mi léxico altisonante, que ella no comprenderá, naturalmente, pero esto no será obstáculo para que caiga en mis brazos rendida de amor.

Guillermina no pudo menos que echarse a reír.

—Niño Alberto, eres incurable.

—Guillermina, en amor y guerra, dicen los ingleses que todo

es legal. La que está entablada contra el «Aguilucho» es una guerra que hay que ganar por todos los medios... y la ganaré.

Un criado entró precipitadamente en la habitación con el sombrero en la mano.

—¡Don Alberto! ¡Don Alberto!—exclamó casi sin poder respirar, tanta era su emoción.

—¿Qué pasa, muchacho?

—¡La encontré!

—¿A quién encontraste?

—¡La encontré!

—Pero ¿a quién? ¿A él o a ella?

—A ella, a la tamalera.

—¿Sí?

—He descubierto dónde vive la tamalera —pudo decir al fin el muchacho, algo repuesto de la emoción y la carrera que había corrido para dar la gran nueva a su amo.

—Explicate, pues, de una vez, muchacho.

—Verá, iba yo con el caballo por el alto del monte y sin pensar en nada miré por la ladera opuesta. Vi a la tamalera con su cestito, que llevaba el paso decidido, el paso de aquel que va a alguna parte. Hice alto y como mi sitio era bueno para observar, la seguí con la vista hasta verla entrar en una casita blanca situada a poca distancia del rancho de las Mazorcas.

—Esta noticia, Manuel, vale más que todo lo que hemos sabido hasta ahora y viene a favorecer mi plan, padre. Esta noche María Luisa, la tamalera, escuchará mi serenata.

—¿Sigues con esta idea?—preguntó Guillermina.

—Sí, y más ahora que ya sabemos dónde vive.

Para ofrecer una serenata era necesario que llegara la noche y que ésta hubiera avanzado bastante para que la música resultara más romántica.

Alberto seleccionó los tres guitarristas mejores que trabajaban en La Fortaleza, les expuso su plan, que acogieron con entusiasmo, y se prepararon para salir después de las diez de la noche, ya que habían unas cuantas millas a recorrer.

A los muchachos y a Alberto les tardaba en llegar la hora

de salir. La aventura prometía ser buena. Una serenata a una linda joven y el peligro de que su amante, el «Aguilucho», interrumpiera la fiesta.

—No hay que olvidar las pistolas—dijo Alberto—, pueden hacernos tanta o más falta que las guitarras. Sin guitarras podríamos cantar, pero sin pistolas no podríamos defendernos de cualquier asalto. Hay que prevenirlo todo.

—Una pistola por cabeza—propuso uno de los cantadores.

—Mejor serán dos y balas de repuesto—aconsejó Alberto—. Las provisiones nunca están de más. Preferiría no tener que usarlas, pero nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Al fin dieron las diez en la torre de la parroquia. Los caballos ya estaban ensillados en el patio, en espera de sus jinetes, y como si se les hubiese contagiado la nerviosidad de aquéllos arremontaban la tierra con sus patadas.

—¡Ha llegado la hora, amigo!—exclamó Alberto, saliendo al patio.

Los tres compañeros de aventura aparecieron rápidamente, montaron los cuatro hombres, tres de ellos con la guitarra en bandolera y don Aurelio y Guillermina desde la terraza les desearon un buen fin a su salida.

—¡Con Dios, hijo mío!

—¡Y con la Virgen!—agregó Guillermina.

Quedaron los dos últimos contemplando a los caballistas que pronto se perdieron en la obscuridad, si bien se oían las pisadas de los caballos que se pusieron al trote en cuanto franquearon la verja de la finca. Poco a poco fué disminuyendo el ruido hasta convertirse en un breve rumor que pocos minutos después ya era inaudible.

—¡Dios quiera que todo vaya bien!—dijo don Aurelio.

—No lo dudes, pspá. Alberto es un hombre de suerte.

Cuando los cuatro jóvenes se encontraron a campo libre, pusieron los caballos al galope porque les interesaba llegar cuanto antes a su destino. La noche era oscura, pero las estrellas cumplían bien su misión de iluminar a los peregrinos en ausencia de la luna. Cabalgaban silenciosos. Alberto, pensando en la ju-

gada que le iba a hacer a la tamalera, y sus tres acompañantes temían que les saliera el «Aguilucho» de detrás de las enormes pitas que bordeaban el camino.

Llegaron a la llanura y contra el horizonte se dibujó la silueta de un jinete montado sobre un brioso caballo. Las nubes corrían precipitadas por el espacio como anunciando tormenta. Manuel fué el primero que vió al solitario jinete.

—Don Alberto, estamos ya cerca del rancho de las Mazorcas. Deben seguir por aquel caminito que baja por la izquierda. Yo me regreso, don Alberto. Tengo presentimientos y temo que se me salga la bilis.

No dió tiempo a que se le detuviera. Manuel giró grupa y galopó hacia el camino grande procurando alejarse lo más rápidamente posible del lugar de peligro.

La actitud de Manuel puso en guardia a Alberto, quien también divisó al caballista, todavía a buena distancia. Sus compañeros empuñaron las pistolas.

—No amigos, nada de tiros. Somos tres galanes que vamos a dar una serenata, no vamos en son de guerra. Sigamos nuestro camino y ya veremos lo que pasa.

La seguridad con que hablaba Alberto renovó la confianza de sus compañeros y siguieron camino adelante hasta llegar adonde estaba parado el jinete del caballo blanco, acompañado, según pudieron ver al llegar, por tres guitarristas.

Se detuvieron Alberto y los suyos para saludar al que se cruzaba en su camino.

—¿Qué hay, amigo?—interrogó Alberto con toda naturalidad.

—¿De dónde vienen?—preguntó Juan José.

—¿Adónde va?—contestó Alberto, jugando con el equívoco.

—¿No tomen perderse por estos caminos?

—No, cuando hay algo que interesa.

—¿Quién les interesa?

—¿No ve que andamos de serenata?

—¡Sí!

—Me interesa la muchacha; si no está ella, la suegra, y si no el suegro—dijo Alberto, riendo.

—Pues... adiós, amigo, y que tenga usted suerte.

Se cruzaron los dos grupos de galanteadores, saludándose cordialmente con los sombreros. Los de Juan José se dirigían a La Fortaleza para dar una serenata a Guillermina, mientras que Alberto, con fines muy distintos, iba a dedicar sus canciones a la tamalera.

María Luisa se encontraba sola en su casita sin sospechar que tres valientes caballistas se dirigían hacia allí para cantarle una serenata. Sabía que Juan José andaba por el monte con sus fieles escuderos y que se habían llevado las guitarras, dato que la tranquilizó porque esto demostraba que dejarían en paz los sembrados de pulque.

Sin querer recordar las palabras de Alberto, éstas acudían constantemente a su memoria y la predisponían a un humor sentimental que se traducía en una romántica canción.

Un cielo salpicado de estrellas
y tu amor floreció en mis desdichas...

María Luisa seguía cantando mientras soltaba las cintas que aprisionaban sus hermosas trenzas. Se miraba al espejo, complacida con el semblante que reflejaba. Con mucha lentitud destapó la cama, empezó a quitarse el vestido y apenas habían caído las faldas al suelo cuando le pareció oír murmullo de guitarras.

No podía ser Juan José quien se entretuviera tocando a su reja. Se paró a escuchar con atención hasta oír una voz de hombre, que no le fué desconocida, cantando así:

Hasta el sol, que es todo amor
para hacer más bello el día...

Segura ya la tamalera de qué era Alberto quien cantaba, se vistió de nuevo y se acercó a la reja.

Continuó cantando el galán con toda la fuerza de sus pul-

mones. El romanticismo del momento cautivó a María Luisa, quien abrió la ventana para encontrar a Alberto asido a los hierros de la reja.

He venido, chata mía,
a cantar con ilusión,
todo lo que sé te brinda
este pobre corazón,
por besar tu boca linda.

Corearon los guitarristas el estribillo acompañándose con sus guitarras mientras la joven escuchaba complacida aquella inesperada serenata.

Cesaron los cantores y Alberto hizo un nuevo solo:

Cuando el río corre al mar
y el agua va sajtando,
son muchos los que se paran
a escuchar de contrabando.
La mujer que más valga
que me diga qué es amor,
y el día que me quiera,
ya jamás les temeré a...
los valientes de la sierra.

Juan José y sus compañeros habían llegado a La Fortaleza y se habían situado junto a la reja de Guillermina, donde se dispusieron también a cantarle su serenata. No era Juan José un buen cantante como Alberto, pero esta falta era suplida por sus tres guitarristas, que supieron dar a las coplas amorosas toda la intención que les hubiera dado él de haberlas cantado personalmente. Guillermina acudió a la reja, que abrió sin remilgos y escuchó satisfecha la serenata. Cuando los guitarristas dejaron de cantar, Juan José les hizo seña para que se alejaran y así podría platicar un rato con la muchacha.

—Me has sorprendido mucho. No te esperaba—dijo ella.



Guillemina estaba entre los músicos y admiraba al valiente hermano.



—No te esperaba — dijo
Guillermina.

—Tenía deseos de vol-
verte a ver.



Se llegó a los postres y
el hijo de la casa se puso
en pie.



— Oye, muchacha, ¿sabes quién es «el Aguilucho»?



Guillermina se despidió de su hermano, ignorando adónde se dirigía.



— ¿No temen perderse
por estos caminos?

— No, cuando hay algo
que interesa.



— Te quiero y eres la
única mujer a quien he
querido.



— ¿Me quieres Guille-
mina?

— Me parece que te lo
estoy demostrando.



El la abrazó con efusión.
— ¡Te quiero con toda
mi alma!



— ¿Qué es eso, Alberto?

— Temo una nueva visita de Alberto.

—Tenía deseos de volverte a ver, cubierta por el romántico velo de la noche. Tus ojos brillan más que a la luz del sol, Guillermina.

—Juan José, ¿eres sincero?—preguntó Guillermina, mirándole cara a cara.

Bajó el joven los ojos.

—Toma, Guillermina, toma en prenda esta moneda agujereada, y ten por seguro que, ocurra lo que ocurra, te quiero y eres la única mujer a quien he querido.

Besó Juan José la manecita de Guillermina que sujetaba un barrote de la reja y marchó rápidamente a reunirse con sus hombres, sin volver atrás la cabeza para contemplar una vez más a la mujer de sus sueños.

Guillermina permaneció inmóvil un buen rato. Como si despertara de un agradable sueño se separó de la reja, cerró la ventana y con paso decidido se dirigió a la cabecera de su cama, donde había un cuadro con la imagen de San Antonio colgado cabeza abajo.

—¡San Antonio querido, gracias por tu intercesión! Ya puedes volver a tu posición normal, Juan José ya se me ha declarado.

La joven colgó de nuevo el cuadro del santo casamentero cabeza arriba y permaneció un instante rezando en acción de gracias.

Guillermina no podía sentirse más satisfecha y al otro lado del monte, en el rancho de las Mazorcas, también María Luisa soñaba con las palabras de pasión que había pronunciado Alberto. La pólvora no había hecho estragos aquella noche, pero los dardos de Cupido habían atravesado el corazón de las dos bonitas muchachas.

ALBERTO AL ACECHO

Como continuación de la semilla sembrada la noche anterior, con la serenata, en el corazón de María Luisa, el galán opinó que no debía dejar desvanecer la impresión favorable que sin duda le había causado. Una vez estuviera la muchacha enamorada de verdad, fácil sería sacarle el nombre del lugar donde se escondía el «Aguilucho». A Alberto no le cabía la menor duda de que la tamalera era la amante del bandido, pero a él poco le importaba esto, porque sus planes no eran precisamente de casarse con María Luisa, sino de liberar la comarca de un temido y peligroso bandido.

Alberto paseaba por la terraza de La Fortaleza seguro de que de un momento a otro vería aparecer a María Luisa con su cestita de tamales y que subiría la escalinata de la finca para ofrecerlos «especiales» para don Aurelio. Así fue en parte, porque al poco rato llegó la joven, quien, contra su costumbre, pasó por debajo del puente sin hacer su habitual alto en la hacienda de Alberto. Al ver éste que continuaba su ruta sin pararse la de Alberto. Al ver éste que continuaba su ruta sin pararse la llamó.

—¡María Luisa!

Continuó la chica sin hacerle el menor caso.

—¡María Luisa!

Como tampoco se parara, Alberto creyó necesario salir y alcanzarla, si es que quería hablar con ella. La joven llevaba un paso ligerito, lo que obligó a Alberto a correr un poco para alcanzarla, pues convencido él de que le haría caso, la había visto alejarse tranquilamente. Cuando al fin llegó jadeante a su lado, la cogió por el brazo y la obligó a detenerse.

—María Luisa, te he estado llamando...

—No he oído nada.

—Te seguí y no te podía alcanzar.

Sin darle tiempo a responder, Alberto dejó un beso en sus labios. La sorpresa, o lo que fuera, hicieron que María Luisa permaneciera inmóvil. Tomó esta actitud Alberto por el asentimiento de la chica y estrechándola en sus brazos, la besó repetidas veces.

—Te quiero, María Luisa; te quiero—decía el joven sin soltarla.

Ella logró por fin desasirse de aquel fuerte abrazo y quedó mirándole sorprendida, sin acertar a decir palabra.

Animado Alberto por su triunfo y seguro de que María Luisa estaba del todo conquistada, bajando la voz, le dijo:

—Ven a mi cuarto... puedes entrar por la puerta que da a las caballerizas.

Estas palabras bastaron a María Luisa para darle el valor que le había faltado ante el atrevido asalto de Alberto.

—Ya sabía yo que usted no podía respetar a nadie.

El tono de voz y las lágrimas que asomaron a los ojos de la joven hicieron reaccionar a Alberto:

—Perdona, no quise ofenderte... yo creí...

Resultaba un poco difícil buscar una excusa plausible, y Alberto dió gracias al cielo cuando vió que se acercaba uno de sus peones para darle un recado.

—Don Alberto... ¿ya recuerda que hay la otra que le espera?

Sobre el insulto la infamia, pensó María Luisa, al escuchar las palabras del criado. Ella había creído un poco en los halagos de Alberto y ahora se daba cuenta de que él la había tratado como a tantas otras, como a una de aquellas cuyos pendientes guardaba en su armario.

Se marchó Alberto sin proferir palabra. María Luisa se tragó las lágrimas y continuó su ruta sin ya importarle nada de cuanto la rodeaba.

Nadie esperaba a Alberto. El aviso formaba parte de su táctica para despertar los celos de la tamalera y tal vez lo había logrado. Dirigió él sus pasos a la tienda almacén donde se podía

comprar desde cigarros a zapatos y se animó a entrar porque en la puerta vió un magnífico ejemplar de caballo, cuyo propietario estaba sin duda adquiriendo algo en el interior.

En el almacén no había más que el propietario detrás del mostrador atendiendo a un cliente, en quien Alberto reconoció inmediatamente al jinete que, acompañado de tres guitarristas, se había cruzado en su camino la noche anterior.

—¿De quién es el caballo que hay ahí afuera? —preguntó Alberto en voz alta.

El tendero miró al comprador.

—¿Es de usted, amigo? —insistió Alberto.

—Sí.

—Es muy hermoso. ¿Cuánto quiere por él?

—Es mío y no lo vendo.

—Bueno, no se enoje. ¡Es un lindo animal!

Juan José tenía en la mano una botellita de perfume. Sin gastar ningún cumplido, Alberto se lo quitó de las manos.

—No compro este perfume barato, no les gusta a las mujeres.

Quedó sorprendido el otro y miró al tendero.

—Debe usted tener algo más bueno —dijo Alberto, tomando la iniciativa.

—Sí, tengo perfumes franceses, pero son muy caros.

—Muéstrelos, hombre —insistió Alberto.

Al poco rato apareció el buen hombre con cuatro botellas de distinto tamaño y forma, en las que se veían etiquetas que marcaban cinco, diez y hasta quince dólares.

—Este es bueno —dijo Alberto, cogiendo el más caro—. Compre esto y quedará bien con su dama.

—Bueno, si a usted le parece.

—Sí, hombre, sí; yo sé cómo son las mujeres. A ver, deme papel fino y un cordoncito. Yo mismo se lo envuelvo.

Juan José estaba pasmado ante el desahogo del fanfarrón y no se atrevía a contrariarle. Había algo que le detenía y era que se trataba del hermano de Guillermina. Alberto envolvía tranquilamente la botella de perfume sin dejar de hablar un solo momento.

—No le tengo visto a usted por aquí—decía Alberto:

—Rara vez vengo al pueblo. Mi rancho está muy lejos.

—Ofrezco una fiesta a la juventud. Venga usted con los demás chicos.

—Gracias, no me sería posible asistir.

—Le aseguro a usted que se divertiría. Sé cantar muy bien.

—No lo dudo.

Dirigióse Alberto al tendero:

—Como ha podido ver, don Cayetano, desde que yo regresé que no se ha vuelto a ver el bandido.

—Sí, Alberto; se ve que no quiere bromas contigo.

—Lo que hacía falta era que yo llegara para poner orden a todo esto.

Terminó Alberto de envolver la botella y luego que hubo atado el cordón la entregó al otro.

—Aquí tiene usted su perfume y además entréguele esta monedita a su novia y ya verá cómo se la agradece.

—Gracias por sus deferencias, amigo.

—Con Dios! Hasta otro día.

Salió Juan José del almacén y Alberto se volvió a mirarle.

—¿Quién es el mechudo ese?

El tendero encogió los hombros.

—¿No le conoce?

—Ha venido alguna otra vez a comprar, pero habla muy poco. Es de la otra ladera.

—Compádesco a su novia. ¡Qué tío más silencioso!

Hacia un buen rato que Guillermina se encontraba en el sitio de costumbre donde celebraba sus entrevistas con Juan José y éste no había aparecido. Tenía la joven unos buenos binóculos y con ellos escrutaba todo el paisaje para ver si descubría la silueta de su bien amado. Por fin apareció subiendo la cuesta como si viniera del pueblo. Sonrió la muchacha al verle y luego se puso muy seria, pues debía de sentirse ofendida.

—Hace mucho rato que me espero—observó la joven muy seria sin levantarse del suelo, donde se hallaba tendida boca abajo para mejor vigilar el horizonte.

—Perdona, Guillermina, he tardado porque he ido al pueblo a comprarte un regalo.

—¡Oh!

—Toma, es perfume de París.

—¡Qué bien huele!—dijo Guillermina, quitando el envoltorio de papel y destapando la botella.

Mojó el índice con el perfume y se lo pasó por el cabello. Repitió la acción e intentó pasarlo por la cabeza de Juan José. Este se hizo hacia atrás con violencia.

—No, eso no.

—¿Nunca usas perfumes?

—No.

—Mi hermano los usa. Entiende mucho de estas cosas.

Calló Juan José recordando quién había elegido el frasco y quién lo había envuelto. Guillermina varió su posición y se quedó sentada en el suelo. El galán se sentó a su lado.

—¿Me quieres, Guillermina?

—Me parece que te lo estoy demostrando. He venido aquí todos los días desde que nos conocimos. No sé exactamente quién eres, pero siento que eres bueno y te quiero.

El la abrazó con efusión.

—Le he contado todo a mi padre.

—¿Sí? ¿Qué te ha dicho?

—Me hizo ver los peligros que hay en enamorarse de un desconocido, pero yo le expliqué cómo eras, lo respetuoso y amable que estabas conmigo... Luego le dije que me ayudarías a coger al «Aguilucho», ¿verdad Juan José?

Nuevamente estrechó Juan José a Guillermina en sus brazos y murmuró:

—¡Te quiero con toda mi alma!

—Confío en que algún día podrás venir hasta mi casa.

—Debo marcharme ya. He perdido mucho tiempo esperando y ahora ya es tarde.

Guillermina se puso en pie y él la siguió. Lentamente fueron andando hasta donde esperaban los caballos.

—¡Qué lástima que no pueda acompañarte!

—Confío en que algún día podrás venir hasta mi casa.

—¿Te veré mañana, Cuillermina?

—Espero que sí.

—Toma, guarda esta moneda como recuerdo mío.

Cogió la joven la moneda, agujereada también, como otra que ya le había dado. La guardó sin darle mayor importancia.

Montó a caballo y se deslizó por el camino a toda prisa, volviendo la cabeza de vez en cuando para saludar con la mano a su pretendiente.

Juan José esperó hasta verla desaparecer y más satisfecho y más preocupado que otras veces se dirigió hacia su rancho.

UNA FIESTA DE RELUMBRON

Era innegable que la llegada de Alberto a La Fortaleza había representado el resurgimiento de la alegría. No se habían registrado más robos de pulque y a una fiesta seguía otra con gran entusiasmo de la gente joven.

Los músicos estaban situados en un rincón del patio templando sus instrumentos en espera de que llegara Alberto para empezar a tocar. No se hizo esperar mucho. Vestido de charro, se presentó del brazo de una chica, y al llegar al centro del patio exclamó:

—¡Aquí llegó el fanfarrón!

Fue aplaudido con entusiasmo por todos sus amigos que habían entrado detrás de él y dió orden a los músicos para que empezaran a tocar. Además de la pareja de Alberto se hallaban en el centro del patio Manuel, su fiel peón, del brazo de otra muchacha.

Alberto se puso a cantar:

Vengo dispuesto a bailar,

a bailar con la más guapa...

Cambió de tono la música para atacar un corrido que sólo fué bailado por las dos parejas constituidas por Alberto y Manuel. Bailaron solos un buen rato, siendo jaleados por los que miraban.

—Ahora van a bailar todos—dijo Alberto.

Cedió su pareja a otro joven y él fué a buscar a otra joven-cita y pronto el suelo se pobló de parejas que bailaban animadamente. Un baile, una canción, mucha risa y alegría invadían el patio de La Fortaleza.

Don Aurelio autorizaba la fiesta con su presencia y un viejo propietario hablaba con él.

—Estás de suerte, Aurelio. No te han vuelto a robar.

—Es verdad, desde que llegó mi hijo, no ha aparecido más por mis tierras el «Aguilucho».

—Pero no han cesado sus actividades. La otra noche arrancaron toda la plantación de pulque de don Ramiro.

—Había oído algo de esto, pero no lo creí.

—Desgraciadamente ha sido verdad.

—Mientras no se capture al «Aguilucho» subsiste el peligro.

—La recompensa de tres mil pesos que ofrece el Municipio no ha despertado la codicia de nadie.

—Es una empresa arriesgada.

—¿No decía Alberto que iría a eso?

—Sí, y está en lo mismo, pero estudia muchas tácticas para no fracasar.

Alberto se divertía como el primero en su fiesta y los hombres mayores que le observaban creían que sería un poco difícil que aquel joven fanfarrón pudiera acabar con un bandido de probada astucia.

Guillermina se paseaba también por el patio tomando parte en la fiesta desde cierta altura. No le interesaba ninguno de los que allí estaban y el que ella hubiese querido invitar probablemente no habría aceptado. La joven ignoraba que Juan José había rechazado la invitación que le hizo Alberto, ignorando de quién se trataba. Su obligación como señorita de la casa la retenía allí haciendo los honores a los invitados, pero su corazón estaba

muy lejos. Deseaba que todo terminara pronto para que llegara la mañana siguiente y poder ver de nuevo a su amor.

Mientras el patio de La Fortaleza ardía en fiesta, en la cabana donde se reunía Juan José con sus hombres se celebraba una conferencia muy agitada. Eran cuatro hombres que estaban jugando a cartas y el más joven perdía repetidamente. Cansado arrojó las cartas sobre la mesa.

Los hombres del «Aguilucho» estaban deseosos de ventilar cuestiones con su jefe. Uno de ellos, muy socarrón, dijo:

—El «Aguilucho» no ha vuelto a asaltar los terrenos de La Fortaleza porque está enamorado.

Juan José iba a responder y no lo hizo.

—¿A qué viene todo esto?—preguntó otro.

—¿Es que por una muñequita vamos a perder todo el trabajo que hemos hecho?

—No tengo ganas de salir—dijo al fin Juan José.

—Deberías ser franco con nosotros y decirnos que estás enamorado de Guillemina. Bien sabes que estamos enterados.

—Entonces no necesitan que yo les diga nada.

—De eso no; pero sí de cómo hemos de seguir trabajando.

—¿Es indispensable entrar en estas discusiones ahora? No vivíamos del pulque que se robaba, ya lo saben, todos tenéis vuestro trabajo y vuestras casas. ¿Por qué achucharme?

—Juan José, no es de hombres valientes rajarse, empezaste a destruir las cosechas de pulque con un fin humanitario, para evitar que las gentes se emborracharan y ahora no lo puedes dejar así...

—¿Qué quieren ustedes? ¿Que me lance a un asalto que resulte en una matanza, porque Alberto está preparado?

—Yo entiendo que debemos seguir adelante. «Aguilucho», tú eres valiente y no debes amedrantarte por un fanfarrón.

Tanto insistieron los amigos de Juan José que no tuvo más remedio que rendirse a sus exigencias, prometiéndoles que en la noche siguiente saldrían a arrancar todo el pulque que habían plantado en La Fortaleza.

El recuerdo de Guillemina atormentaba a Juan José y hu-

biese dado cualquier cosa para poder evitar el asalto a La Fortaleza, pero no se atrevía a enfrentarse con sus hombres porque le echaban en cara sus propias bravatas de que robaba el pulque para evitar que hubiesen borrachos. Ahora ya estaba metido en el camino de la aventura y temía que tendría que perder a Guillermina. ¿Por qué se lanzó a tan loca empresa?

A medida que se acercaba la hora de salir, Juan José todavía pensaba en que por algún medio providencial podría evitar la salida, aunque en el fondo de su corazón presentía un trágico desenlace de todo aquello.

Alberto, que ya había tomado todas sus medidas y sabía poco más o menos el recorrido que hacía el «Aguilucho» en sus salidas nocturnas, preparó a sus veinte hombres para dar la batida que él consideraba definitiva.

El Municipio había colocado en distintos sitios el cartelón en que se ofrecía una recompensa de tres mil pesos a quien encontrara al «Aguilucho» vivo o muerto, con lo que se tendía a acorralar al bandido para poder al fin capturarlo.

Más de una vez había leído Juan José el cartelón.

—Si no me entrego yo personalmente, no creo que nadie logre echarme el lazo—consentaba el romántico bandido.

Como en anteriores veces en ausencia de Alberto, se reunieron en el patio de La Fortaleza los veinte valientes que iban a acompañar al hijo de la casa en la persecución del bandido.

Guillermina rondaba por el patio, ajena en absoluto a la personalidad del bandido. Le interesaba el asunto porque Juan José le hablaba del personaje y le había prometido ayudarla a encontrarla.

—Guillermina—dijo su hermano—, tú no vienes con nosotros.

—¿No?

—No; esos asuntos no son cosas de mujeres. Tú en casa a esperar nuestro regreso.

—¿Para cuidar a los heridos?

—Si Dios quiere, no los habrá.

La expedición se hacía en la misma forma de siempre. Una

partida de jinetes y el carro con los toneles y pertrechos de guerra por si era necesario entablar batalla.

Alberto iba de un lado a otro dando órdenes. Guillermina fué a su habitación a buscar los binóculos. Ella había tomado la resolución de ir con los expedicionarios e iría aunque fuese contra la voluntad de su hermano.

La confusión en el patio de La Fortaleza permitió a Guillermina colocarse en el carro entre los toneles, y cuando la comitiva se puso en marcha ya no temió que Alberto la obligara a retroceder, aunque la descubriera.

Al son de alegres canciones salieron de La Fortaleza, siendo despedidos por un numeroso personal que había acudido allí al saber de lo que se trataba. A medida que avanzaban, las canciones bajaban de tono hasta llegar a un absoluto silencio que dejaba oír muy bien las pitadas de los caballos que precedían el carro.

El «Aguilucho» y sus hombres oyeron muy bien que el enemigo se acercaba, por lo que no hubo sorpresa para ellos.

Cuando el grupo de Alberto estuvo al alcance de las pistolas de las gentes de Juan José, éste pasó su orden de guerra.

—¡No quiero muertos! Tiren para dispersarles y hacerles huir. Nada de matanzas.

Las fuerzas del bandido estaban ocultas detrás de las enormes pitas, lo que les permitía apuntar al enemigo sin temor a que éste les descubriera.

—¿Rompeamos fuego?—preguntó uno de los hombres de Juan José.

—Todavía no. Espera a que hayan pasado los jinetes y atacaremos el carro, como hacemos siempre, y así se quedarán sin pertrechos y tendrán que huir.

Los jinetes de Alberto no sospechaban que el enemigo estaba observando todos sus movimientos. A uno de ellos le pareció ver que se escurría un hombre entre las pitas, y realmente era así. Sin consultar a Alberto, disparó contra el sitio donde había visto moverse alguien.

Como si este tiro hubiese sido una señal convenida, empezó

un terrible tiroteo contra el carro que obligó a saltar a tierra todos los que iban en él. Guillermina saltó de su escondrijo para buscar uno más seguro en tierra firme. Valiente, como pocas muchachas, estuvo presenciando la batalla y con sus binóculos miraba a las filas enemigas, sin saber exactamente por qué.

Juan José dirigía el ataque personalmente y daba órdenes a sus hombres.

Desde donde se hallaba Guillermina se podía ver perfectamente a un hombre que pistola en mano decía a cada uno de los suyos lo que debía hacer. La joven sintió curiosidad para ver la cara de aquel hombre y enfocó hacia él sus binóculos.

Un grito desgarrador vibró en el espacio, y Alberto reconoció la voz de su hermana. Corrió hacia donde le pareció que podía estar y la encontró desmayada. La presencia de su Juan José a la cabeza de los hombres del «Aguilucho» había sido una impresión demasiado fuerte para la joven.

Alberto la cogió en sus brazos, dio orden de que cesara el fuego y subiendo de nuevo al carro, la primera expedición dirigida por «El Fanfarrón» había sufrido un enorme fracaso por culpa de Guillermina.

Don Aurelio recibió a sus gentes al pie de la escalinata.

—Hijo mío, hay que tomar las cosas con calma, una, dos, tres, veinte veces saldréis si es necesario. Nunca creí que vencerías al «Aguilucho» en tu primera salida.

—Padre, todo fué culpa de Guillermina.

—Ella no debió ir con ustedes.

—Le prohibí que viniera y se escondió en el carro.

—Y ¿luego?

—Luego, en cuanto empezó el tiroteo, la señorita que escrutaba el horizonte con sus binóculos como un general en campaña, no sé lo que veía; el caso es que dió un grito y se desmayó.

—¡Hija mía! ¡Qué imprudencia!

—No podía dejar de correr hacia ella. Existía el peligro de que lo hiciera uno de los hombres del «Aguilucho». ¡Nada, todo echado a perder por un desmayo!

Alberto estaba realmente indignado con su hermana. No tenía derecho a hacerle fracasar en aquella forma. La había llevado sana y salva a su casa, pero no quería saber nada más de ella.

—No seas así, Alberto, ya sabes que las muchachas no reflexionan. Ella no quería que tú fracasaras. Se ha asustado, eso es todo.

—Pero ante todo el distrito el fracasado soy yo. ¿Qué dirán los del Municipio y los demás propietarios que tanta confianza tenían en mí?

—Ya te he aconsejado que lo tomaras con calma. Enojándote no ganas nada.

—Son fáciles esos consejos, padre, cuando la sangre ya no hierve con furia. Le prometo que haré otra salida lo más pronto posible, eligiendo bien a mis gentes y evitando la entrada a todo pelizón.

—Esto será lo mejor que puedes hacer.

Al día siguiente María Luisa encontró a Alberto en el patio de su casa.

—Oye, muchacha, ¿sabes quién es el «Aguilucho»?

—No haga bilis, don Alberto.

—Supongo que estarás contenta.

La tamarera le volvió la espalda y siguió su camino.

—No te hagas ilusiones, porque te aseguro que no se me escapará otra vez.

Alberto estaba furioso contra todo el mundo. Era de los que no se resignaban a perder, y si en principio pensó no volver a hablar a su hermana varió luego de idea y se dirigió a su gabinete.

Guillermina estaba tendida sobre la cama reponiéndose todavía del susto.

—Vengo para hacerte unas preguntas.

La joven permaneció silenciosa temiendo el carácter del interrogatorio y las contestaciones que debería dar.

—¿Qué es lo que viste que te hizo gritar?

—Nada.

—Por no ver nada no se grita. Algo verías, di.

—Alberto, no me encuentro bien.

—No estás tan mal como para no recordar el motivo causa de tu desmayo.

—Sentí miedo.

—De que se hiriera a alguien, ¿no?

—Hermano, déjame en paz.

—Bien, te dejaré.

Cuando iba a salir de la habitación Alberto fijó la mirada en los objetos que había encima del tocador de su hermana y vió una moneda agujereada. La cogió y la examinó. No había duda. O era la que él había dado a María Luisa, o la que entregó al joven que estaba en la tienda comprando perfume. Ambas habían salido de sus manos.

—Cuitiermina, ¿quién te dió esta moneda? Yo la había dado a María Luisa.

La joven se obstinaba en el silencio.

—¡Oh! ¡Esta botella de perfume! — exclamó viéndola entre otras que habían en el tocador.

Cogió Alberto la botella y se dirigió de nuevo a su hermana.

—Debes confesarme quién te dió esta botella. En esto ya no hay duda.

—¡Alberto!

—¡Ahora comprendo tu estratagemia! Te convenía que fracasara mi expedición, pero no temas, no le salvarás, caerá en mis manos, quieras que no.

Salió Alberto de la habitación dando un solemne portazo y dejando a su hermana llorando, llena de confusión.

Entre los dos hermanos de La Fortaleza acababa de tener lugar una escena bastante violenta. En la cabaña de María Luisa ésta representaba otra con Juan José, en tono más sumiso, pero que también era un reproche para el hermano.

—Vamos a ver, Juan José, ¿qué sacas quitando el pulque a los hacendados?

—Quiero evitar que las gentes se emborrachen.

—No lo has logrado con los meses que llevas persiguiendo

esta quimera. Has llevado a la ruina a más de una hacienda y has conquistado el título de bandido.

—¡Ya lo sé!

—Por si esto fuera poco, se ha puesto precio sobre tu cabeza y ahora hay un hombre por aquí que ha jurado matarte.

—¡«El Fanfarrón»!

—Sí, y lo hará.

—Si puede.

—No seas terco, hermano, es toda la comarca que está contra ti, el municipio le apoya y acabará venciendo.

—Su primera salida no ha sido del todo afortunada. Es verdad que Guillermina les desorientó con sus gritos, pero me temo que todos los que le acompañaban estaban deseando volver grupas.

—Ahora Guillermina ya sabe quién eres...

—No sé si creerte.

—¿Por qué gritó ella? Porque te descubrió, entre los que disparaban contra el carro de su hermano.

—¡Nunca debí haber asaltado su hacienda!

Los dos hermanos quedaron pensativos. Sus desavenencias eran de tipo distinto a las de Guillermina y Alberto, pero en el fondo eran lo mismo. María Luisa estaba tan enamorada de Alberto como Juan José de Guillermina.

El pleito era de difícil solución para los cuatro.

Don Aurelio sólo veía malas caras a su alrededor sin saber el verdadero motivo de todo aquello. A él lo que le interesaba era que no le robaran el pulque y esperaba que la gente joven pronto recobraría el buen humor.

CONFESION

Guillermina se obstinaba en no salir de su habitación, afectando que no se sentía bien y su padre decidió hablar con ella para ver si podía poner algo en claro.

—Hija mía, ¿hay todavía motivos para no salir de la habitación?

—Padre, temo el enojo de Alberto. Estuvo hablando conmigo sin ninguna contemplación.

—Sospecha que no le dices la verdad y ésta es también la que yo quisiera saber.

—¡Padre! — exclamó Guillermina sollozando.

—¡Vamos, vémos! Un poco de calma. ¿Qué ocurrió?

—¿Recuerda padre que le conté que había conocido a un joven, apuesto y simpático, un buen jinete, que se cruzaba conmigo en el paseo?

—Sí, Guillermina.

—Nuestras entrevistas fueron sucediéndose. Cuanto más le trataba, más me interesaba.

Don Aurelio miraba fijamente a su hija. Esta se explicaba con naturalidad, sin sonrojo alguno, porque no tenía nada que ocultar.

—Llegó un día en que se me declaró. Lo consideré el más feliz de mi vida, le pedí que viniera a verte. No se negó a ello, pero me dijo que todavía no era oportuno.

Calló la muchacha, cerró los ojos como para recordar.

—Continúa, hija mía, tu padre es comprensivo.

—¡Es terrible, padre, es terrible!

—¡Animo! ¿Cuándo volviste a verle?

—Le veía todas las mañanas. Yo salía a caballo a propósito para encontrarle. Me había habituado a su conversación, a su

sonrisa, a sus miradas. Me hubiese faltado la vida de haber pasado un día sin hablarle. Siempre estuvo conmigo muy caballero.

—Entonces, ¿de qué te lamentas?

—Fué la noche en que Alberto salió a la busca y captura del «Aguilucho»... yo fui con ellos.

—Lo sé.

—Miraba yo la lacha como un espectáculo interesante cuando me di cuenta de que quien dirigía a los que atacaban era mi Juan José, o en otras palabras, el «Aguilucho». ¿Lo comprendes ahora, papá?

—¡Pobre hija mía! Ya te advertí que miraras bien en quién depositabas tu corazón.

—¡Ya ha terminado todo para mí!

—No, no, eres muy joven, muchacha, y las heridas en el corazón fácilmente cicatrizan. No llores más y procura olvidar a ese hombre. No merece tus lágrimas ni tus sufrimientos.

Acarició don Aurelio la cabeza de su hija y la dejó sumida en llanto, sin saber a punto fijo cómo podía consolarla. La situación de la joven no era de lo más agradable.

UNA RESOLUCION DESESPERADA

Si desdichada se consideraba Guillermina, no lo era menos Juan José, que no podía apartar de su mente a la muchacha a la que ya consideraba perdida para siempre.

Pero él quería despedirse de ella, contarle el porqué de sus robos de pulque y repetirle una vez más que la amaba y que seguiría amándola siempre aunque ella le despreciara, como comprendía debía hacer. Los que veían a aquel jinete galopando velozmente por la pradera pensaban que corría a un asunto de vida o muerte. Lo era para él poder llegar a la reja de Guillermina para sincerarse. Cuando Juan José se encontró ante el puente,

traspuesto el cual se hallaría a pocos pasos de la reja de Guillermina, sintió que el corazón le saltaba del pecho.

Puso pie a tierra, sujetó el caballo a un árbol y andó con paso trémulo hasta la reja de su amada.

Guillermina había secado sus lágrimas y se arreglaba ante el espejo de su tocador. Le pareció que alguien pronunciaba su nombre y una sombra obscureció la ventana.

—¡Guillermina!

Miró hacia fuera y vió que era Juan José. Su primera intención fué pretender que no oía. Luego creyó que era mejor hacerle saber que lo sabía todo y que le despreciaba.

—¡Guillermina!

Abrió ella la ventana de par en par y le dejó hablar a él. Le resultaba un poco difícil explicarse. La expresión de la joven era amenazadora.

—Hoy pensaba confesarte toda la verdad, Guillermina.

—¡Váyase de aquí! No es usted más que un bandido que ha jugado con mi cariño para desperdiciarlo.

—No, no puedo consentir que hables así. Contigo siempre he estado sincero.

—Sí, asaltando nuestra hacienda.

—Guillermina, un día yo podré contarte por qué hacía todo esto, ahora estás demasiado excitada y no me comprenderías.

—Comprendo muy bien que has sido su juguete, que se ha burlado de mí.

—¿Cómo es posible que me hables así? Mira mis ojos, sonríeme...

Demasiado recordaba la joven esas mismas palabras pronunciadas en la montaña.

—Nombra a San José...

—Vete, Juan José, vete, nunca más volveré a hacerte caso, has traicionado mi cariño.

—No puedo marcharme sin una mirada de aliento. No pueden quedar rotas para siempre nuestras relaciones. Tú sabes que te quiero.

—No te creo.

—Y tú me quieres, Guillermina, lo sé; no te atreves a mirarme porque tus ojos me lo confesarían.

—Es inútil que insistas. Todo ha terminado entre nosotros y aun suponiendo que yo tuviera la debilidad de volver a hacerte caso, aquí está mi hermano que me ha prometido que te matará. Ahora con más interés que nunca porque sabe lo que has hecho conmigo.

—No es un delito amarte.

—Pero ser un bandido es un grave delito, bien lo sabes.

—Guillermina, la razón parece que está de tu parte; pero llegará un día en que todo se explicará.

—Está muy lejano ese día.

Guillermina había permanecido muy seria, ni la más leve sonrisa había asomado a sus labios, pero en el fondo de su corazón sentía una gran alegría ante las disculpas de Juan José y poco le faltaba para decirle que creía todo cuanto le decía y que le amaba como siempre. Si no hubiese sido el recuerdo de la ira de Alberto, el «Aguilucho» se hubiese podido marchar a su casa habiendo la muchacha renovado para él sus votos de cariño para toda la vida.

La voz de Alberto sonaba todavía en sus oídos.

—Márchate, por favor, Juan José. Si regresa Alberto y te encuentra aquí no respondo de lo que pueda ocurrir. Está más que furioso.

—Ya me iré, Guillermina. Tal vez es la última vez que podemos estar aquí uno junto al otro. ¿Por qué no gozar de estos breves momentos?

—Porque pueden ser fatales para los dos. Vete, te lo suplico, temo algo.

—El amor nos salvará a los dos.

—Ahora que mi hermano ya te conoce, corres doble peligro. Deberías ausentarte con tus hombres.

—No podría vivir sin la esperanza de verte.

—Te habrás de acostumbrar a vivir sin verme, porque no volveré a esperarte nunca más. Mi padre sabe todo lo ocurrido.

—¿Se lo has contado?

—Sí, no podía engañarle.

—¡Guillermina!

Se oyó el galope de un caballo cruzando el puente. Llegó hasta la reja de la jover y se apeó un hombre herido.

—Patrón, lea esta nota.

Juan José cogió el papel que le entregó su peón. Era una nota escrita a mano de uno de sus hombres. Decía así:

«Juan José:

Alberto, el de La Fortaleza, está raudando nuestros terrenos. Viene armado y con malas trazas. No nos dejéis solos.

Julian.»

—Debo marcharme, Guillermina...

—¿Ocurre algo grave?

—Por ahora, no; pero mis hombres prefieren que esté con ellos. Es muy natural. Cuando al ejército le falta el mando, los soldados no pueden hacer nada. Volveremos a vernos, Guillermina, y entonces cambiarás de opinión. Vamos, Esteban.

Con alguna dificultad montó el criado nuevamente su caballo y partieron juntos. Antes de cruzar el puente, Juan José miró hacia la reja una vez más. Guillermina permanecía allí en guardia. El la saludó con la mano. Ella no le correspondió. Cerró la ventana, corrió a arrodillarse ante la imagen de San Antonio, al que invocó llorando.

El parte pidiendo socorro, que había mandado uno de los hombres del «Aguilucho» para que su jefe acudiera inmediatamente era debido a que Alberto, después de haber descubierto que aquél, además de despojar a los hacendados de las cosechas de pulque, había enamorado a su hermana, quien sabe con qué fines. Alberto no podía suponer más que un bandido forzosamente tenía que ser un desalmado, y Guillermina no podía esperar nada bueno de semejante personaje.

En cuanto hubo el heredero de La Fortaleza averiguado dato tan importante como la verdadera personalidad del «Aguilucho», con quien había él hablado en el almacén y las presuntas rela-

ciones con su hermana, llegó a la conclusión de que a semejante tipo no había bastado con la horca, sino que era menester encontrarle cara a cara, decirle cuán asqueroso y repugnante era, para luego coserlo a balazos.

Fue con estos ánimos que Alberto montó su alazán y se lanzó al monte, solo, recorriendo todos aquellos parajes en que suponía podría hallar huella o escondrijo del mal hombre.

Llegó hasta la casucha de María Luisa, donde estaba seguro de encontrar algún rastro.

—¡María Luisa!—gritó estentóreamente.

La tamalera apareció a la puerta. Una mirada le bastó para comprender que Alberto llevaba malas intenciones.

—¿Dónde está el «Aguilucho»?

—¿Esas tenemos?

—No bromees que no estoy para chanzas. Es inútil que pretendas escudarte. Le conozco y le he hablado.

—Pues entonces, ¿por qué preguntarme a mí?

—Eres tan malvada como él, pero los dos me la pagaréis. Ya me doy cuenta de que no está aquí, de lo contrario no estarías tan serena; pero no abandonaré el monte hasta que dé con él.

Alberto dió una mirada a las dos pistolas que llevaba en el cinto y sin molestarse a despedirse de la muchacha picó espuelas y se deslizó por el sendero que conducía al camino grande.

María Luisa había leído el peligro grave que corría su hermano en los ojos de Alberto y era imprescindible avisarle. Ella sabía que había ido al pueblo para intentar ver a Guillermina, pero no tenía medio ni tiempo de hacerlo personalmente. Lo único que podía hacer era llegarle hasta el rancho de las Mazorcas, donde uno de los peones de Juan José podría montar un caballo y salir al galope en su busca.

Vacilaba María Luisa porque temía que regresara Alberto y que al no encontrar nadie en casa cometiera alguna barbaridad, o la siguiera y descubriera la relación entre la casita y el rancho de las Mazorcas.

Estuvo mirando un buen rato el camino por donde galopaba

Alberto y cuando creyó que no volvería hacia atrás, se llegó hasta el rancho para ver si podía mandar un aviso a su hermano.

Julián, el capataz principal, escribió el aviso que poco rato después llegaba a manos de Juan José con el solo percance que al haber adelantado el peón a Alberto por un atajo, éste vió un jinete galopando tan velozmente, que le hizo sospechar que se trataba de alguno de los hombres del «Aguilucho».

Buen tirador como era Alberto, no logró matar al correo del rancho de las Mazorcas, pero le acertó en un brazo, a pesar de la enorme distancia, aunque la herida no obligó a aquel hombre a abandonar la empresa que se le había encomendado.

Con muy buena lógica supuso Alberto que aquel caballista había salido en busca del «Aguilucho» y también lo relacionó con su entrevista con María Luisa. Si el bandido estaba en el pueblo o por los alrededores, tarde o temprano aparecería, y Alberto estaba dispuesto a pernoctar en el camino hasta verle llegar para ajustar cuentas con él.

—¿Quién ha visto a Alberto?—preguntó el «Aguilucho» a su peón mientras iba camino del rancho por vericuetos ocultos entre los montes para lograr burlar la vigilancia de Alberto.

—Ha estado hablando con María Luisa, mi amo. Ella ha dicho que llevaba malas trazas, que la amenazó con las pistolas.

—¡Villano!—murmuró el «Aguilucho».

En realidad no había habido tal amenaza; aunque la actitud de Alberto era amenazadora, pero cuando las noticias corren de boca en boca cada uno añade un poco de su parte, por lo que cuando Juan José logró llegar al rancho de las Mazorcas sin haber sido descubierto por Alberto, entre su hermana y Julián poco les faltó para decir que aquél había intentado incendiar toda la propiedad.

—Hay que obrar con calma—dijo Juan José—, y si puedo evitar el encuentro lo haré.

—Patrón, haga lo que más le convenga, pero no creo prudente dejar vagar por el monte a ese fantarrón, exponiéndonos a que cometa alguna barbaridad.

El recuerdo de Guillermina era lo que detenía a Juan José.

El abismo entre ellos dos ya casi era insondable. ¿Qué ocurriría si él hiriera a Alberto? Pocas esperanzas tenía de poder reconquistar a Guillermina, pero convenía no empeorar más la situación. No podía apartar de su imaginación el semblante triste de la joven y la dureza de las palabras que le había dirigido. En su corazón de enamorado creía adivinar, y no se equivocaba, que la muchacha todavía le quería, pero ella no podría vencer jamás la oposición de su padre a que él la cortejara y mucho menos la de su hermano Alberto, ésta acompañada de toda clase de violencias y fanfarronadas.

El «Aguilucho» se hallaba en un callejón sin salida y empezaba a reprocharse el haberse dejado llevar por la quimera de querer curar la borrachera de las gentes del pueblo destruyendo las cosechas de pulque, en una forma que ni había logrado su objeto y por otra parte le había situado fuera de la Ley, haciendo que las autoridades pusieran un precio sobre su cabeza.

Los hombres del «Aguilucho» le observaban estrechamente y también su hermana. Todos sabían ya que estaba enamorado de Guillermina de La Fortaleza y que sería muy difícil convencerle de que saliera en persecución de su hermano, pero no había más remedio que atizarle para evitar que el otro llevara a cabo alguna fechoría.

—Siempre he sido partidario de proceder con calma—dijo al fin el «Aguilucho»—. No creo que el «Fanfarrón» llegue hasta aquí, y si logramos que se le templen un poco los nervios...

—El no hará otra cosa que decir que el «Aguilucho» es un cobarde—dijo uno de los mozos que ardía en deseos de salir a tirar tiros.

—Bien sabéis todos que no lo soy.

—También sabemos todos que no eres un bandido—dijo María Luisa—, pero esto no te salvará de que te juzguen como tal si Alberto logra cogerte.

—Hay que procurar por todos los medios que no me coja y a esto es a lo que voy, pero no deben ustedes impacientarse. Me parece que he sabido planear las cosas.

—No te discutimos esto—insistió su hermana—, pero ahora hay que hacer algo y rápidamente.

—¿Por qué?

—Porque temo una nueva visita de Alberto — dijo María Luisa.

—¿Tanto te ha atemorizado?

—Tú no lo has visto furioso como yo—respondió la chica.

—Ni enamorado como tú—replicó impaciente Juan José.

María Luisa bajó los ojos. Los hombres cambiaron miradas de inteligencia. En buen lío nos han metido, parecían pensar, sin atreverse ya a hablar más, porque la situación era harta complicada.

—De momento, regresen todos a sus quehaceres — ordenó Juan José—. Tú, María Luisa, a tus tamales, al pueblo a vender y a recoger cualquier información que se ofrezca. Seca esos ojos y nada de lágrimas, no hay que demostrar ninguna debilidad.

—No puedo lanzarme al campo con aquel loco andando por ahí.

—Me interesa que salgas. Sólo por ti podremos saber dónde está situado, y entonces veré lo que resuelvo.

—Juan José, no es prudente que yo salga.

—Alberto puede ser un fanfarrón, lo es; pero no un asesino, y estoy seguro de que no te hará ningún daño. Lo más seguro es que ya se habrá retirado.

—Haré lo que tú me mandas y quiera Dios que no tenga que echártelo en cara.

Cogió María Luisa su cestita con unos cuantos tamales que ya tenía preparados para el día siguiente y sin ofrecer más comentarios se dirigió al pueblo.

A LA CAZA DEL ENEMIGO

Cuando Alberto dijo que no pensaba regresar a su casa sin haberse encontrado cara a cara con el «Aguilucho», dijo la verdad, y se preparó para la dura jornada. Era hombre de palabra, terco como el que más, y en este asunto ya se jugaba su honor.

Temeroso de que el caballo se fatigara antes que él, se acercó a la cuadra de La Fortaleza, cambió de animal y sin que ni su padre ni su hermana le vieran volvió a marchar, encargando al mozo de cuadra que no dijera nada a nadie de su segunda salida.

Tomó la misma ruta que había seguido anteriormente y le sorprendió no encontrar rastro de ningún jinete. Sus prolongadas ausencias del pueblo hacían que no estuviera tan al corriente de los atajos y caminitos que conducían al rancho de las Mazorcas como el «Aguilucho». Por esto le había podido burlar. Alberto se separaba poco del camino grande por temor a encontrarse en una encerrona, pues comprendía que ahora la lucha era de vida o muerte.

La imagen de la hermosa tamalera cruzaba por su imaginación constantemente y él procuraba apartarla diciéndole para sí que era tan páfida como su hermano y que no se merecía que nadie se ocupara de ella. A pesar de esto la voz de María Luisa pregonando sus tamales, sonaba en sus oídos.

Los dos enemigos se encontraban con las manos atadas por la intervención de las dos muchachas. Juan José se confesaba enamorado. Alberto no quería admitir el mismo estado de ánimo; no obstante, cada momento que pasaba se sentía más atraído por la tamalera, y poco a poco se iba calmando su indignación hacia el «Aguilucho». Los cuatro se sentían tan interesados uno con el otro, que resultaba difícilísimo desenredar la madeja.

Alberto y su caballo ascendían fácilmente una empinada cues-

ta que les llevaría a un montículo desde podrían fácilmente divisar el rancho de las Mazorcas. El «Fanfarrón» no era tan previsor como su hermana y no viajaba con binóculos. De haberlos llevado, al llegar a la cima, desde donde se dominaba perfectamente el rancho y sus terrenos, habría podido observar un trasiego en las cuadras que le habría tenido sobre aviso. Desde la altura donde se encontraba podía muy bien ver el edificio, los corrales y hasta los cercados con oscuras manchas que eran el ganado, pero nada más. Alberto estuvo un buen rato vigilando.

—Estoy seguro de que allí se esconde mi enemigo—dijo en voz alta, sorprendiéndose a sí mismo con tal comentario.

Convencido de que situado allí no conseguiría nada, ya que era seguro que el «Aguilucho» no presentaría batalla franca, decidió regresar al valle para esperar la noche, incluso apeándose un rato para desentumecerse.

María Luisa, tan buena conocedora del terreno como su hermano, había seguido el curso de un riachuelo oculto entre árboles, que resultaba un escondrijo perfecto con todas las ventajas de un periscopio de submarino que la permitía observar sin ser vista. Ella vio a Alberto galopar por el camino grande, le siguió con la vista ascendiendo la cuesta y mientras él estuvo parado en el montículo, también se paró ella, diciéndose a sí misma que vigilaba para avisar a su hermano, pero el caso era que contemplaba a Alberto y olvidaba a Juan José.

De repente se acordó la muchacha de cuál era su obligación, y para no incurrir nuevamente en la cólera de su hermano, regresó a las Mazorcas por la misma ruta que había salido. Allí estaba todavía Juan José sin haber tomado ninguna decisión. Los peones habían vuelto al trabajo y él estaba malhumorado fumando un cigarro.

Al ver entrar a María Luisa quedó sorprendido.

—¿Por qué has vuelto?

—He visto al «Fanfarrón».

—¿Te ha hablado?

—No. Le he visto a gran distancia. Monta un caballo distinto al que llevaba cuando vino por primera vez y le he descubierto

cuando subía al montículo de los Zorros. Ha estado parado allí mucho rato observándolo todo.

—¿Usaba binóculos?—preguntó Juan José, recordando a Guillermina.

—¿Qué?

—Anteojos para mirar a distancia.

—No, no miraba con ningún lente. Luego ha bajado otra vez al camino y he creído que era mejor avisarte.

—Has hecho bien, María Luisa. Bien, bien, desde el momento que este hombre está rondando mis terrenos, no me quedé más remedio que salir a su encuentro. No conviene de ninguna manera que cierre la noche sin haberle ahuyentado, no fuera a darle la tentación de incendiar el rancho protegido por la obscuridad.

Juan José salió al patio y convocó a sus hombres.

—Vamos a salir dispersados, uno a uno. No quiero luego que se diga que hemos cometido un atropello. Voy a jugar limpio. El va solo, pues solo se encontrará con uno de nosotros a la vez. Eviten el tiroteo y el primero que le encuentre que le diga que deseo parlamentar.

—Esto si nos da tiempo, porque su primer saludo será un balazo—dijo un peón.

—Avisenle con las dos manos en alto y comprenderá.

Estas instrucciones no hacían demasiada gracia a los hombres del «Aguilucho», quienes debido a que hacía varios días que se hallaban inactivos, ardían en deseos de lanzarse al campo y dar al «Fanfarrón» una dosis de plomo para calmar sus iras.

—Es un poco peligroso este juego—dijo uno de los peones, sabiendo que él anda con deseos de matar.

—Ya les dije la última vez que salimos que no quería mistanzas, y lo he dicho siempre. Hoy insisto en ello y se hará como yo lo mando. El primero en salir de reconocimiento será Antonio.

El llamado Antonio se rascó la cabeza y dió un paso hacia adelante.

—Prepara tu caballo, dirígete al camino grande y procura sorprenderle. Si lo haces bien te será fácil hacerle prisionero.

Antonio se dirigió lentamente hacia las cuacras y antes de diez minutos salía montado a caballo para cumplir su misión.

—Casimiro, tú serás el segundo que saldrá. Tú al montículo, para evitar que el «Fanfarrón» lo vuelva a ocupar con miras a vigilar este rancho.

El llamado Casimiro siguió el ejemplo de Antonio con la sola diferencia de que fué mucho más lento en la preparación de la caballería. Tanto se entretuvo en ello, que el «Aguilucho», que paseaba por el patio silenciosamente esperando verlo salir para nombrar al tercero, viendo que no aparecía se presentó a la cuadra donde vió que el peón cumplía sus órdenes, pero con tanta calma que llevaba trazas de no terminar hasta la madrugada.

—Casimiro, ten en cuenta que hay que partir antes de cinco minutos—dijo Juan José en un tono que no daba lugar a dudas.

Como si le hubieran aplicado un motor eléctrico, Casimiro aceleró sus movimientos y antes de cinco minutos galopaba hacia el montículo. No le entusiasmaba el puesto que le había asignado porque se ofrecía como magnífico blanco incluso para un tirador mediano.

Uno a uno fueron saliendo hasta cinco, dando a cada uno una dirección distinta para cerrar al «Fanfarrón» todos los caminos y obligarle a retirarse de nuevo a sus lares y dejarles de una vez en paz.

El «Aguilucho» se reservó para él un puesto de observación a la salida del cañaveral al camino grande. Allí podía estar oculto entre las cañas y esperar tranquilamente el paso del enemigo.

A María Luisa no le dió ninguna orden, suponiendo que regresaría a su casita, y en esto incurrió en un error, porque la muchacha quería presenciar la batalla. Dejó que marchara Juan José y a los pocos minutos salió ella, aparentemente, dirigiéndose a su casita, para desviarse luego y elegir también el cañaveral por escondrijo.

Había transcurrido más de un cuarto de hora cuando se oyeron varios disparos que procedían del que estaba montando guardia en el montículo.

Sorprendido el «Aguilucho» por aquel inesperado tiroteo, sa-

lió hasta el camino, habiéndose apeado del caballo, que estaba sujeto a un árbol. La salida fué desgraciada porque oyó silbar las balas a su alrededor y no precisamente las de su peón, sino las que Alberto disparaba contra aquel con afán de tocarle.

El «Fanfarrón» iba montado a caballo con las manos libres para disparar. Conducía al caballo con las espuelas y sujetas las bridas en la silla. En cuanto asomó Juan José al camino lo vió y cambiando la puntería disparó contra él. No le alcanzó por un milagro. La situación era más que peligrosa para el «Aguilucho» porque descubierto su escondrijo el otro se situaría allí en pocos instantes. Era imprescindible dar la cara y la daría. No sería el «Fanfarrón» quien tacharía de cobarde al hombre que había sabido enamorar a su hermana.

Preferió presentar luchar sin montar de nuevo y empezó a disparar desde la barrera que le ofrecían las cañas.

Hizo una serie de disparos al aire con la esperanza de amenazar a Alberto, pero el efecto surgió del todo contrario. El enemigo tiró a ciegas contra las cañas hacia las cuales había visto desaparecer al hombre que buscaba.

La lluvia de balas que cayó sobre la zona en que se hallaba el «Aguilucho» fué formidable, no siendo alcanzado por ninguna de ellas por puro milagro. Ya no era posible permanecer allí ni un minuto más. Se tiró al suelo y fué arrastrándose hacia el camino para lograr descubrir la posición del enemigo y ver la manera de herirle, aunque fuese ligeramente, para conseguir acorralarle.

Maria Luisa también tuvo que echarse al suelo. Se hallaba situada a unos cuarenta metros de distancia de donde se hallaba su hermano, pero las balas de Alberto habían barrido una extensión enorme.

Poco a poco fué adelantando Juan José hasta poder asomarse al camino, desde donde pudo ver a Alberto con la pistola en la mano cargando de nuevo para hacer una segunda descarga. Este era el momento de tocarle. El «Aguilucho» le apuntó con calma seguro de tocarle por que estaba parado, pero en aquel preciso instante, sincronizando el curso de la bala con una vuelta que

dió el caballo, Alberto salió indemne de un tiro, que de no haberse movido, forzosamente tenía que haberle rozado el hombro derecho.

Sin perder tiempo volvió a disparar con frenesí, hacia donde estaba Juan José, y al verle sacó la segunda pistola para no perder ocasión de matarle.

Dióse cuenta el «Aguilucho» de las intenciones de Alberto y consideró que ya no podía andar con contemplaciones y disparó, si no a matar, cuando menos a herirle. Como que el bandido disparaba tendido en el suelo podía precisar más y en un tercer disparo que hizo contra Alberto vió cómo caía del caballo acertado por el plomo de sus balas.

María Luisa, que presenciaba la lucha, lanzó un grito desgarrador y saliendo de su escondrijo corrió hacia donde estaba el herido sangrando copiosamente.

—¡Juan José, Juan José, no dispares más!—gritaba la muchacha, desesperada.

—No temas, no le ocurrirá nada — contestaba su hermano, dirigiéndose también hacia Alberto.

La primera en llegar fué María Luisa, quien intentó cogerle por los hombros para incorporarle. Inútil empeño. Alberto era un hombre alto y corpulento al que difícilmente podría manejar el propio «Aguilucho».

María Luisa lloraba desesperada al ver cómo brotaba la sangre del hombro de su galán y con un breve pañuelito intentaba obturar la herida. Llegó Juan José, la apartó de allí y reconoció al herido.

—¡Está muerto!—dijo la joven.

—No, muchacha, está desvanecido, nada más. A ver si entre los dos logramos levantarlo y colocarle encima de un caballo para llevarle hasta el rancho.

Los dos intentaron vanamente levantar aquel cuerpo inerte y entonces el «Aguilucho» creyó que lo más interesante era ver de cortar la hemorragia producida por la herida para evitar que se desangrara. Con los elementos de su propia ropa que pudieron forjaron un apósito y un vendaje, consiguiendo, en parte, lo

que querían. A los pocos minutos pareció que el herido reaccionaba algo porque intentó abrir los ojos.

—¡Alberto! ¡Alberto!—exclamó María Luisa, gozosa.

En la voz de su hermana descubrió Juan José el secreto que ya había sospechado, o sea que ella le quería.

Los gritos de la joven obraron también como estimulante en Alberto, quien apenas pudo pronunciar el nombre de María Luisa, si bien dió señales de vida y de que reconocía a los que le rodeaban.

—Alberto, has de hacer las paces con mi hermano. No es un bandido, te lo aseguro. El destrozaba los sembrados de pulque porque quería desterrar la borrachera de estas tierras...

María Luisa hablaba a toda prisa temerosa de que Alberto recobrará las fuerzas y arremetiera a tiros contra los dos que le estaban auxiliando.

Miró a la muchacha y a su hermano como si comprendiera y esto dió nuevas alas a la joven.

—Ahora comprendes que no es robando el pulque que se acabará con los borrachos, sino buscar otra forma, y por mí, que se emborrachen tanto como quieran. Alberto, Alberto —gritó María Luisa, viendo que nuevamente entornaba los ojos.

—Hay que probar de hacerle andar o llevarle al caballo—dijo Juan José—, no puede permanecer más rato aquí. Corre peligro su vida. La herida es más profunda de lo que pensaba. Animo, «Fanfarrón», a ver si ayudándole mi hermana y yo llegamos adonde está el caballo.

Alberto hizo un gran esfuerzo por su parte y los otros dos mucho más, logrando al fin montarle sobre el caballo de Juan José para conducirlo hasta el rancho y curarle.

En la imaginación de los tres había un solo pensamiento: hace cinco minutos que queríamos matarnos y aquí estamos ahora casi fundidos en un abrazo. Las explicaciones de María Luisa habían obrado el milagro y también el comportamiento del «Aguilucho» luchando para curarle una herida infligida en defensa propia.

EPILOGO

Algunas semanas después se adornaba el patio de La Fortaleza para celebrar los esponsales de dos felices parejas: María Luisa con Alberto y Juan José con Guillermina.

Los guitarristas templaban sus guitarras, la satisfacción se pintaba en todos los rostros y de los labios de Alberto brotó de nuevo la canción:

He venido, chata mía,
a cantar con ilusión,
todo lo que sé a ti brindo
este pobre corazón
por besar tu boca linda.

FIN



Leyendo siempre EL FOLLON
de risas darás un millón.

EL FOLLON

La publicación de abracadabrante humorismo

Dibujantes: MONTAÑOLA
MALLOL
MESTRES
JUAN DIEGO
CEDO

Literatos: PEREZ DE MURO
SALVINO PANIAGUA
FEDERICO ELIAS
JUAN TRULLÁS etc.

EL FOLLON

Eufórico y optimista, eminentemente
descacharrante y de fina ironía,
armará EL FOLLON padre

DOS pesetas

Si humor quieres tener
EL FOLLON debes leer.

4 ptas.